

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Curtis Garland
LA NOCHE DEL CEREBRO

SELECCION

TERROR

CURTIS GARLAND

LA NOCHE DEL CEREBRO

Colección SELECCION TERROR n.° 562
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

557 — *Las espiritistas de Modern City.* Ralph Barby
558 — *La reencarnación de lady Deborah.* Joseph Berna
559 — *Foto sex.* Ralph Barby
560 — *La maldición de los Barrimore,* Adam Surray
561 — *Reiré en mi funeral.* Ada Coretti

ISBN 84-02 02506 4 Depósito legal: B 35 467-1983

Impreso en Esparta Printcd in Spain

1.a edición en Esparta- diciembre, 1983

1.a edición en América: junio. 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés Km 152, Km 21.650 Barcelona 1983

Prólogo

DONDE COMIENZA MI CARTA A MABEL

27 de febrero de 1980

«Querida Mabel:

Cuando recibas esta carta, yo habré muerto ya.

No existe otra posible salida para el horror de mi existencia. Quisiera poderte decir otra cosa, mostrarme esperanzado y tener suficientes fuerzas para luchar contra lo que está a punto de vencerme, si no me ha vencido ya. Pero no las tengo y sé que nunca llegaré a tenerlas. Es más, a medida que avanza el tiempo mi angustia y desesperación van en aumento.

Mabel, sé que no debería escribirte esta carta, amor mío. Lo sé y lo comprendo. Pero no puedo hacer otra cosa. No tengo a nadie más a quien dirigirme en este trance espantoso que me ha tocado vivir, y al que debo poner fin, sea como sea.

Tal vez hubiera sido mejor que nunca conocieras mi historia ni el relato atroz de mis tristes desventuras, pero ¿a quién tengo yo, quién me queda en esta amarga y penosa vida, a quién pueda yo contar los horrores de mi actual existencia, salvo al ser adorado cuya imagen me acompañó en todo momento, hasta en mis momentos dichosos como en mis grandes e inconcebibles desventuras? Ese ser eres tú, Mabel, y a ti va dirigida esta larga carta que es en resumen, despedida y testamento real de mi vida y de mi persona. Sólo te pido que, cuando la leas, no pienses que me he vuelto loco o que deliro presa de una enfermedad horrible. No es una cosa ni otra, aunque puedan parecerías ambas, a juzgar por las aberraciones que aquí vas a leer, y que rozan, si no es que sobrepasan, los límites de la credulidad humana.

Mabel, es posible que a estas alturas, incluso hayas llegado a olvidarme y seas feliz con el hombre que elegiste. Si es así, me sentiré feliz allá donde voy ahora, porque eso te servirá de lenitivo para borrar lo antes posible de tu mente el recuerdo ingrato de estas penas mías que aquí comienzo a relatarte. Pero no quisiera que, andando el tiempo, cuando seas dichosa esposa y madre afortunada de hijos tan hermosos como tú misma, no dispongas cuando menos de un instante, uno solo entre tantos motivos de dicha, para recordar a un hombre que te amó sin esperanzas hasta morir, y que en sus últimos momentos en esta vida, tomó pluma y papel, se sentó a una mesa, a la luz macilenta de una triste mecha de gas, y comenzó a escribirte, todavía con la sangre helada por el pavor de tantas

desventuras e infortunios, la historia estremecedora de sus últimas horas de existencia en el mundo.

Porque créeme que esa sola circunstancia quizá me haga feliz en mi sepultura, y me permita no haber pasado por el mundo para ser olvidado por todos, aparte de la espantosa suerte a que había sido destinado, sin yo mismo saberlo.

Cuando hayas terminado esta carta, Mabel, si es que tu dulce paciencia te permite tal cosa, puedes arrojarla al fuego y ver cómo las llamas consumen sus hojas de apretada escritura para reducirla a pavesas. No es otro el destino que espero de mi escrito, ya que de hacerlo público nadie creería en él y pensarían que una fértil imaginación había creado tales abominaciones que van contra la lógica y el conocimiento humano.

Ahora, Mabel, ya estás preparada para lo que vas a leer, y que quizás llegues a pensar que es simple fruto de una imaginación calenturienta o de una ridícula y torpe embriaguez. Te aseguro que te escribo sin haber probado gota de licor, todo lo sereno y tranquilo que puede estar un hombre hastiado de vivir y listo para emprender por sus propios medios el gran viaje sin retomo.

Querida mía, basta ya de preámbulos, y vayamos al meollo de la historia, que ya es tiempo de ello y posiblemente empieces a impacientarte por leer tanta divagación incoherente.

Comencemos, en todo caso, por el momento en que mi historia, mi alucinada historia, comenzó.

Y eso fue, precisamente, después de nuestro último encuentro. Cuando nos dijimos adiós y yo sentí un nudo en la garganta, mientras tú sonreías feliz, alejándote cogida del brazo de ese hombre que ahora será compañero de tu vida.

En ese momento empezó para mi la pesadilla de la que sólo despertaré con el sueño eterno de la muerte. Pero yo no podía saberlo. Como tampoco podía saber que, al aceptar aquel empleo de ayudante de un tal doctor Bernard Ingram, como químico de su laboratorio, daba el primer paso hacia el horror que me aguardaba. Entonces, lo confieso, nada podía sospechar yo del futuro que se me avecinaba. Quería olvidarte b antes posible, pensar que una nueva vida me esperaba lejos de ti, y debía vivirla, para bien o para mal.

El doctor Ingram residía por entonces fuera de Londres, en una casa aislada, en las proximidades de Colchester, y hacia allá me dirigí en el tren que partía de la estación de Liverpool, en Whitechapel, para reunirme con él y hacerme cargo de mi trabajo. Antes tenía que hacer una visita a un amigo, el doctor Lane, de Harley Street, a quién había pedido consulta días atrás, para una rutina revisión médica.

La revisión no resultó tan rutinaria, ni mucho menos, y en sus resultados iba pensando, camino de la residencia del doctor Ingram,

en el comportamiento del ferrocarril, sin ganas siquiera de echar una ojeada a los periódicos que había adquirido antes de pasar por la consulta del doctor Lane. Tentado estuve entonces de no ir a Colchester, pero mi sentido del deber pudo más que ninguna otra intención, y resolví que, cuando menos, debía hacer acto de presencia en casa del doctor Ingram y revelarle lo que sucedía.

Lo cierto es que cuando llegué, me había hecho el propósito de no decir a nadie nada de lo que me revese el médico londinense, y callé aún no sé por qué, pasando al servicio del doctor Ingram a partir de ese momento, en su amplio y bien provisto laboratorio, en los sótanos de aquella casona vieja y lúgubre que poseía a sólo media milla de Colchester.

Todo transcurrió con normalidad en mi trabajo, hasta que una mañana desperté, como cualquier otra mañana de mi existencia, en aquel frío invierno, viendo caer la nieve por las vidrieras de mi ventana. Sentía un fuerte dolor de cabeza y algo de pesadez en los párpados, así como cierta torpeza en mi cuerpo, quizás achacable, pensé yo, a esos fríos y a un ligero síntoma de resfriado. Cuando me incorporé del lecho, tuve la rara sensación de que era más alto, que había crecido durante mi sueño, cosa que me hizo reír de buen grado.

Caminé hacia la ventana, cuyo alféizar festoneaba la nieve abundante, y me dispuse a contemplar el paisaje campesino, cubierto por el blanco manto. Para llegar a esa ventana, necesitaba pasar ante un altísimo y pesado armario provisto de un largo espejo de cuerpo entero.

Cuando llegué a su altura, me paré en seco. Contemplé, no ya perplejo ni atónito, aquella imagen mía reflejada en él, sino con auténtico horror e incredulidad.

¡Porque aquel rostro, aquel cuerpo, *no eran los míos!*

Yo, reflejado en el espejo, *era otra persona* sin parecido alguno conmigo mismo y con lo que había sido siempre físicamente hasta entonces.

CAPITULO PRIMERO

Sé que, llegada a este punto, te preguntarás si no es esto realmente una pura locura, y estoy empezando a convertir mi misiva exasperada y final en una sucesión grotesca de absurdos sin el menor sentido.

No es así, Mabel querida. Estoy diciendo la verdad, la increíble verdad que yo mismo afronté, cara a cara, aquel gélido día infernal, mientras la nieve caía copiosamente sobre Colchester, y el espejo me devolvía la imagen de un hombre perfectamente desconocido para mi, de un ser a quien jamás había visto antes en mi vida... y que, sin embargo, era yo, yo mismo.

Aquel día, mientras continuaba nevando allá fuera, tuve la respuesta, la espantosa e inaudita respuesta, al enigma enloquecedor con el que acababa de enfrentarme apenas despertar de un sueño que yo había imaginado normal y corriente...

* * *

El doctor Ingram, calmosamente, removió el té tras depositar en él dos cucharaditas de azúcar y un poco de leche. Después, con una elegancia proverbial en sus ademanes, dejó la cucharilla en el plato y dedicó su atención a los huevos cocidos que esperaban en las hueveras de porcelana decorada, junto al bacon ahumado.

—Mi querido amigo Barnes, la explicación de lo que ahora le atormenta, es muy sencilla —me dijo, sonriendo benévolamente, mientras rompía suavemente la cáscara de la parte superior de uno de los dos huevos—. Muy sencilla.

—Pues la verdad yo no lo veo así —dije romamente, mirándole con estupor—. ¿Cómo puede decir que es sencillo explicar que me vea en estos momentos con otro físico, otro rostro, otro cuerpo distintos por completo a los míos originales? ¿Tiene eso algún sentido, a menos que usted practique la magia negra o la hechicería?

—Vamos, vamos, amigo mío, no hablará en serio —agitó una de sus largas, delgadas y blancas manos con aire de reproche—. No me va a decir que usted, un joven químico, con estudios y cultura, cree en semejantes cosas como ésas, simple pura superchería para mentes torpes y oscuras...

—Entonces qué explicación científica puede usted darle, doctor Ingram, al hecho de que me acueste siendo yo mismo, y me

despierte al otro día siendo *otro!*

—En primer lugar, Barnes, éste no es *el otro día*, como usted acaba de decir.

—¿Qué significa eso? —protesté.

—Sencillamente, que usted ha despertado de su sueño de veintidós días *después* de haberse dormido apaciblemente aquella noche, tras tomar una copa de oporto en mi compañía, después de haber trabajado hasta bastante tarde en el laboratorio tras nuestra cena.

—¿Veintidós días? —repetí estupefacto—. ¿Cómo es posible?

Miré el calendario, tras de él, en la pared. Ni siquiera me había fijado anteriormente en él, tal era mi excitación aquella mañana, tras advertir mi fantástica metamorfosis. El tenía razón. Era ya el 2 de febrero. Yo me había acostado un día 11 de enero y, por tanto, el plazo señalado por el doctor Ingram era absolutamente correcto, aunque ello no hiciera sino confundirme aún más.

—Ya ve que no le miento —suspiró mi interlocutor, con una de sus suaves y afectuosas sonrisas, mientras los azules y fríos ojos brillaban singularmente, al fijarse en mi con la misma inquietante curiosidad con que yo había visto a veces a los coleccionistas contemplar su último y hermoso ejemplar de mariposa o de sello raro, cuando no de un insecto todavía vivo, en un recipiente de vidrio de cualquier entomólogo.

—Pero eso no aclara nada, antes al contrario, lo confunde todo más aún. ¿Qué significa exactamente todo esto, doctor?

—Significa, amigo mío, que ha cambiado usted en principio un físico bastante poco agraciado por cierto, y una estatura vulgar, por un rostro atractivo, joven y varonil como el suyo, pero infinitamente más hermoso, como deberá reconocer. Del mismo modo, su figura es ahora más alta, esbelta y arrogante que antes, eso tiene que admitirlo.

—¡Eso me tiene perfectamente sin cuidado, doctor! —rugí de pronto, incorporándome con violencia y derribando mi silla al hacerlo —. ¡Yo quiero ser quien siempre he sido, no un ser desconocido a quien jamás he visto, y en cuyo cuerpo, sin embargo, me encuentro ahora!

—Esa frase suya reflejaba bastante fielmente la realidad. mi querido amigo —suspiró él apaciblemente—.
Es como si, en efecto, estuviera usted *dentro* de otra persona. Pero que yo sepa nadie le ha causado el menor daño, nadie fe ha perjudicado gravemente con ello... y usted va a ganar a cambio de eso bastante más de lo que pudo soñar.

—¿Ganar? —le miré ceñudo, malhumorado, empezando a sentirme irritado ante aquel hombre frío, afable, distante, que hablaba de cosas tan trascendentes e inexplicables como la misma fluidez e indiferencia con que podría comentar el mal tiempo que teníamos este invierno—. ¿Qué gano yo, doctor Ingram, con ser otra persona?

—Ya le dije que, de momento, poseer un físico más agraciado. No es que tenga nada contra el suyo original, pero debe admitir conmigo que era usted un joven bastante poco agraciado.

—Eso le tiene a usted sin cuidado, doctor —repliqué adusto—. ¿Me contrató para trabajar en su laboratorio por mi físico o por mi capacidad profesional como químico?

—No se moleste. Barnes. Sólo era una simple observación —se

limpió pulcramente los labios tras saborear un trozo de huevo cremoso, en perfecto punto de cocción y luego tomó otro sorbo de té calmosamente, antes de añadir, con aire distraído—: ¿Tiene usted novia?

Vacilé. ¿Qué diablos podía eso importarle a aquel hombre? Sin embargo, le respondí con una docilidad inadecuada, fruto acaso de mi propio desconcierto:

—No. No ahora, doctor.

—Bravo —sonrió—. Salga a la calle y pruebe a tratar a las chicas. Descubrirá que ahora le miran de otro modo. Le hallarán guapo, irresistible. Eso me lo debe a mí.

—¿A usted? —dudé—. No logro entenderlo. Sé que está metido en experimentos de cirugía muy peculiares, que opera rostros de animales para cambiarles de aspecto, y que a eso le llama usted «cirugía facial» o «cirugía estética», algo que todavía no existe y que parece dispuesto a presentar al mundo. Pero nadie, absolutamente nadie, puede cambiar el cuerpo, la estatura, la contextura de una persona por muy revolucionario que sea como cirujano.

—Exacto, Barnes —asintió, tomando una tostada que crujió entre sus dientes—. Muy exacto, sí. Pero eso se lo voy a explicar de inmediato. Antes, permítame que le entregue algo. Es suyo. Le pertenece por entero.

Hundió la mano bajo su batín de lana con cuello de seda, y extrajo un sobre cerrado, que depositó ante mí con gesto displaciente, alargándolo de un golpecito de sus dedos hacia mi persona, encima de la mesa. Lo miré perplejo.

—¿Qué es eso? — quise saber.

—Abralo, hombre de Dios. Así lo sabrá sin hacer preguntas.

Receloso, tomé el sobre. Me sorprendí de mis propias manos. Llevaba, eso sí, el anillo que siempre había llevado, un delgado aro de oro con mis iniciales, D.B., grabadas sobre un pequeño sello de forma oval, pero eso era todo. Aquellos dedos largos y fuertes no eran los míos. Aquellas manos firmes y seguras, tampoco. Sentí un escalofrío, pero abrí el sobre.

Me quedé sin aliento. Nunca había visto tanto dinero junto. Un muchacho de clase modesta que logra estudiar para químico jamás llega a reunir una suma como aquélla. Eran billetes de cien guineas. Los conté. Había quince.

—¡Mil quinientas guineas! —resoplé—. Esto... esto es una fortuna.

—Es suya.

—¿Qué? —le miré, estupefacto.

—Es suya, Barnes. Vamos, tómela sin escrúpulos. Es dinero legal, perfectamente honrado.

—¿Bromea, doctor? No podría ganar esta suma, estando a su

servicio, ni tan siquiera en treinta años...
—Lo sé. Pero es suya. No haga preguntas y guarde el dinero. Es mi compensación por su... cambio físico. Y eso en que insisto en que ha salido usted ganando en ese sentido también.
—No puedo aceptarlo —rechacé enérgico, dejando el sobre en la mesa.
—¿Por qué no? —enarcó las cejas, mirándome con fijeza.
—No sería ético. No he hecho nada por ganarlo.
—Vaya si lo ha hecho —rió—. Vamo6, no sea mojigato y tome ese dinero. No es un simple regalo. Es una comisión.
—¿Una comisión de qué? ¿Qué he hecho yo para ganarlo?
—Algo muy sencillo: me ha donado usted su cuerpo. —Mi cuerpo... —me estremecí—. ¿Dónde está ahora mi cuerpo, doctor?
—Eso no es asunto suyo —replicó, seco—. He ganado gracias a usted quince mil guineas. Una suma fabulosa, ¿verdad? ¿Qué menos que darle a usted el diez por ciento de esa cantidad, aunque a mi aún me resta por cobrar el cincuenta por ciento restante?
—Doctor Ingram, ¿qué es lo que ha hecho exactamente? —gemí con un hilo de voz, alargando mi mano temblorosa para tomar ese dinero, lleno aún de dudas—. Nadie gana fácilmente quince mil guineas...

—Por supuesto, mi querido amigo. Pero nadie en el mundo es capaz de hacer lo que hago yo.

—¿Qué... qué es lo que ha hecho, exactamente? Tengo derecho a saberlo, creo.

—Muy bien —volvió a enjugarse los delgados labios con la servilleta, me miró pensativo, acabando de deglutir un trozo de tostada con mermelada y dijo fríamente, con una expresión en sus ojos azules que nunca olvidaré: Voy a decírselo, Barnes. *He trasplantado su cerebro* a este cuerpo que ahora lleva.

No supe qué decir. Me quedé tan horrorizado que no creo que hubieran podido sacarme una sola gota de sangre de haberme pinchado en las venas en ese momento. Sentí que un hielo extraño, mortal, se apoderaba de mi cuerpo. La cabeza, aquella cabeza postiza que ahora contenía *mi* cerebro, me dio vueltas.

—Dios mío —gemí—. No es posible...

—Vaya si lo es —sonrió—. Lo es para mí. Algún día, el hombre sabrá trasplantar órganos humanos. Yo sé hacerlo ya desde hace mucho tiempo. Pero sólo probé hasta ahora con cerebros de animales. Esta era mi primera gran experiencia humana. Y ha resultado perfecta.

—Pero... ¡es monstruoso!

—¿Por qué? —se encogió de hombros—. La ciencia exige nuevos logros cada día. Yo no soy un cirujano rutinario. Trato de ser genial, y lo consigo. Es todo.

—Doctor, ¿quiere decir que usted... usted tomó el cuerpo de otro... y en su cráneo vacío injertó usted mi cerebro?

—Sí, eso es.

—Y mi cuerpo, ahora... ¿dónde está?

—En otro lugar. Con el cerebro de ese cuerpo que usted lleva ahora. Fue un simple cambio, muy favorable para ambos, se lo aseguro.

—Pero... pero eso es horrible... —gemí.

—Es fantástico, pero nunca horrible —protestó.

—¡Doctor, usted me ha dado un cuerpo sano, fuerte... y a cambio de él, a ese otro desgraciado... le ha dado usted un cuerpo enfermo, que tiene muy poca vida, un corto plazo en este mundo, a causa de una dolencia fatal!

Me miró, asombrado. Vi crisparse sus manos aristocráticas sobre la servilleta.

—¿Eso es cierto, Barnes? —indagó con voz tensa.

—Sí —afirmé—. No quena revelárselo a nadie. Si acudí a este trabajo fue para olvidarme de mi fatalidad lo más posible, durante el tiempo que me restaba de vivir.

—Y... ¿cuánto era ese tiempo? ¿Qué plazo le dieron los médicos?

—Muy corto. Dos meses como máximo. Quizás uno.

—¿Un tumor?

—Sí. Incurable.

—No cerebral, claro.

—No, no. En el hígado. Es irreversible.

—Entiendo. Bien, eso no debe preocuparle, amigo mío. Además de tener un físico envidiable a partir de ahora, posee dinero... y una larga vida —soltó una suave carcajada que me sonó terriblemente cínica. casi monstruosa.

—Pero... pero ¿y el otro, el hombre que ahora lleva mi cuerpo? —susurré.

—No se preocupe por él. No tiene por qué saber lo que sucede con su nuevo cuerpo. Para cuando se agote su plazo, ya habrá pagado la segunda cantidad. Y no me importará demasiado lo que le ocurra. No será culpa mía que su cuerpo esté enfermo, a fin de cuentas. Son accidentes que a veces ocurren.

—Pero... ¡pero eso as abominable, doctor! —me exalté—. ¡Está usted jugando con seres humanos, no con muñecos ni con conejillos de Indias!

—Amigo Barnes, será mucho mejor para usted no meterse en todo eso —me atajó fríamente—. No creo que personalmente tenga queja alguna. Ahora que sé de lo que se ha librado usted, espero que, cuando menos, el día que sea viejo, tenga nietos y disfrute aún de excelente salud, se acuerde de este amigo suyo que le donó tan larga

vida, justo cuando sus días estaban contados.

—Yo no le pedí nada, doctor.

—Lo sé. Pero alguien necesitaba otro cuerpo, y yo se lo concedí. Usted era el que estaba más cerca. Le utilicé, lo admito. Pero a cambio de ello acaba de obtener dos de los dones que cualquier mortal pediría a Dios en un trance como el suyo: larga vida y dinero para disfrutarla. Ahora ya posee ambas cosas. Le falta el amor, pero con todo eso le será fácil conseguirlo.

—Pero usted no es Dios, doctor Ingram.

Me miró extrañamente, como si le hubiera ofendido. Sus azules pupilas brillaron glacialmente con algo muy parecido al disgusto y la contrariedad. Creo que en ese momento me odió, pero rápidamente volvió la sonrisa irónica a sus labios, y se limitó a un encogimiento de hombros, al tiempo que musitaba con desgana:

—No discutamos eso ahora, Barnes. Puede pasear por el jardín, si lo desea. Sólo le ruego una cosa.

—¿Qué?

—No salga de la casa. No aún. No es prudente para usted. Ya le diré cuándo puede salir libremente de aquí.

—¿Hay algún peligro en ello?

—Podría haberla nunca se sabe —dijo evasivamente, retirando la bandeja del desayuno y tirando del cordón de la campanilla para el servicio—. Hasta luego, Barnes.

—Buenos días, doctor —dije, caminando hacia la salida como un sonámbulo. Me detuve antes de salir, giré la cabeza y le hice una pregunta más—: ¿Quién... *quién* es ahora el hombre que lleva mi rostro y mi cuerpo... y por qué pagó tanto por él?

El doctor Ingram se limitó a sacudir la cabeza, sin mirarme apenas.

—Es mejor que no lo pregunte, Barnes —dijo, seco—. No voy a responder a eso. Y será mejor que nunca lo haga.

CAPITULO II

Supe que estaba prisionero antes de que Angharad me lo confirmase.

Angharad era una joven robusta galesa, pelirroja y de grandes pechos, al servicio del doctor Ingram. Joven y algo basta, se veía en ella a la mujer de campo, rústica y saludable. Sus muslos debían de ser auténticas columnas de piedra dura, pensaba yo viéndola caminar por la casa, con aquellas nalgas que destacaban incluso con su larga falda hasta los pies.

Ella fue la prima-a en decirme un día, apenas una semana después de mi entrevista con el doctor Ingram:

—¿No se cansa de estar aquí siempre, entre estas cuatro paredes o pascando por el jardín, cuando no trabaja en el laboratorio?

—Por supuesto —suspiré—, Pero el doctor me ha pedido que espere unos días más para no complicar las cosas antes de tiempo. Por lo visto, debo hacer una vida muy tranquila en este primer período...

Ella sonrió, mirándome con sus francos ojos pardos, y meneó la pelirroja cabeza.

—Yo creo que es que le tiene prisionero. Barnes —confesó abruptamente.

Me quedé mirándola. Ella no había hecho más que expresar lo que yo ya senda como sospecha. Pero me irritó que lo dijera tan abiertamente y rechacé:

—¡Qué tontería] Puedo abandonar la casa cuando quiera. Nadie puede obligarme a permanecer aquí contra mi voluntad.

—¿No? —ella soltó una risotada y se puso en jarras—. Inténtelo y lo sabrá.

Se alejó, contorneando sus caderas de ánfora, y no pude por menos de seguir con mis ojos aquellos cimbreos de sus glúteos, marcados por la negra falda con tanta timidez como la blusa señalaba la rotundidad opulenta de sus enormes pechos jóvenes y vigorosos.

Prisionero.

Sí, era una posibilidad, admití de mala gana. Ya había pasado antes por mi mente. Pero recordé que sólo había dos empleados en casa del doctor Ingram, aparte de su criada Angharad y de mí mismo: el jardinero y mozo de cuadras, todo en una pieza, que atendía las dos grandes aficiones del doctor, sus plantas y sus caballos, y el encargado de hacer las compras, limpiar el viejo edificio, atender el material del laboratorio y su cuidado, y un sinfín de cosas más, que compartía con Angharad.

Los dos parecían inofensivos, pero ahora, al pensar en ellos, recordé que rara vez cruzaban conmigo más allá de una breve

palabra de salutación, algún seco monosílabo con Angharad o con su amo, y que su docilidad y silencio eran más propios de animales que de hombres. ¿Serían capaces aquellos dos tipos, fornidos y toscos ambos, de impedirme la salida si yo pretendí abandonar la casa por alguna razón?

Confieso que la idea me inquietó y espoleó a la vez. Y que ese mismo día, quise salir de dudas del único modo posible: intentándolo.

Lo intenté cuando el doctor Ingram había salido de la casa para cabalgar en su caballo, como en él era habitual muchas mañanas. Era un día frío y desapacible, pero no nevaba, como en la semana anterior, aunque el paraje circundante de la casa, triste e inhóspito a aquellas alturas del invierno, mostraba aún huellas de nieve endurecida y muchas zonas enfangadas por el deshielo. El cielo tenía un ceñudo tono grisáceo que parecía plomo, y una bruma que se espesaba allá en la distancia, parecía envolver en blancos tules el melancólico paisaje campestre.

Salí al jardín, como cada día, a dar un paseo entre los setos y arbustos. Dirigí una mirada de preocupación a los altos muros de ladrillo rojo oscuro, y empecé a sentirme incómodo. Tal vez por primera ocasión advertía lo peligroso de sus bordes superiores, plagados de vidrios puntiagudos, capaces de cortarle a uno las venas en un instante o de degollar a un intruso. El muro era lo bastante alto para resultar difícil escalarlo, pero con aquellos cortantes salientes arriba aún resultaba mucho peor.

Había una puertecilla trasera de hierro, pero aparte de ser muy recia, estaba herméticamente cerrada cuando la probé. Angharad tenía razón. Empezaba a sentirme realmente prisionero en aquella vieja casona de piedra y ladrillo, sólida como un panteón o una cárcel. Recordé algo que dijera mi patrón sobre la persona que ahora llevaba mi rostro y mi cuerpo: «Es mejor que no pregunte quién es. No voy a responder a eso. Y será mejor que nunca lo haga.»

Eso, unido a mi aparente cautiverio, parecía tener algún oscuro y siniestro sentido que se me escapaba. Pero yo no estaba dispuesto a seguirle el juego a aquel siniestro cirujano que empezaba a antojárseme tan genial con el bisturí como demente con sus ideas. Cierto que esa locura le proporcionaba una suma de dinero fabulosa, y que había tenido un éxito completo y rotundo en ese trasplante aterrador, al menos en lo que a mí se refería, pero... ¿era lícito disponer así de los seres humanos, manejarlos como a marionetas, despojándoles de su cerebro o dándoles otro a su capricho?

Dejé de pensar en todas esas cosas porque empecé a sentir dolores de cabeza, y temía que los nervios, vasos sanguíneos y toda clase de conexiones naturales que ligaban mi cerebro a aquel cuerpo ajeno, pudieran llegar a no resistir la prueba y estallasen,

rompiéndose el encantamiento diabólico que me sujetaba a aquella nueva vida prestada que parecía alejarme del fantasma de la muerte prematura a que me condenara mi enferma dad incurable, para lanzarme a una pesadilla aún más atroz y escalofriante que la propia muerte.

Me aproximé a la casamata que tenia Kurt, el jardinero, y donde yo había visto que guardaba todos sus útiles de trabajo, no lejos del acceso que, tras la casa, conducía a las caballerizas. Presté atención, y le oí deambular por los establos, atendiendo a los animales. Rápido abrí la puerta de madera del cobertizo y me introduje en él, saliendo con una escalera de mano, que apoyé en la tapia posterior. No me costó nada subir hasta el final. Me quité mi chaqueta para apoyarla encima de los vidrios y saltar fácilmente sobre ellos, para ir al otro lado.

Era todo tan simple que casi sentí arrepentimiento por llevarlo a cabo. Los temores que alimentara, así como el comentario inquietante de Angharad, me parecieron completamente desorbitados y fuera de lugar.

Aun así, me dispuse a saltar al otro lado, liberándome del cerco de ladrillo que marcaba aquella alta tapia cuyos límites me habían llegado a parecer los de una cárcel insalvable.

Alcancé la chaqueta que alfombraba los peligrosos vidrios, asomé al otro lado, y me dispuse a dar el brinco necesario para liberarme.

No pude hacerlo. Súbitamente todos los miedos anteriores se materializaron en una cruda realidad.

Al pie de la tapia, esperándome, estaba Ralph, el mozo que hacía los trabajos domésticos de la casa con Angharad. Me miraba fijamente, con sus ojos estrechos y demasiado pegados a la nariz, bajo sus cejas espesas y muy unidas. Vi algo maligno en esa mirada, en su mueca adusta y cruel. Además, esgrimía una hoz de afilada y larga hoja, capaz de segarme el cuello en un momento.

—¡Baja! —dijo roncamente, con aquella voz suya, brusca y seca—. ¡Entre! ¡Entre!

Sólo eso. Siempre palabras breves, cortantes. Como escupitajos o pistoletazos. Claro que bajé. No podía hacer otra cosa. Estaba seguro de que aquel bárbaro me degollaría sin el menor escrúpulo si intentaba saltar afuera.

En el jardín ya me esperaba Kurt, el mozo de cuadras y jardinero. Tampoco su aspecto era demasiado tranquilizador. Al pie de la escalera sonreía siniestramente, mientras unas enormes tijeras podadoras permanecían abiertas en su mano derecha. El rostro, nada inteligente, simiesco y rudo, reflejaba ira, agresividad.

—¡Adentro! —ordenó, tajante, alzando sus podadoras con significativo gesto. Miré las puntas aceradas, que señalaban hacia mi

rostro, con un escalofrío—. ¡Adentro, señor, pronto!

Me apresuré a obedecer, bañado por un sudor frío. Aquellos dos hombres eran como animales fieles al amo. Igual que mastines. No dudarían en clavarme sus dentelladas al menor intento de rebeldía.

Regresé a casa, empezando a sentirme abatido, lleno de profundos y oscuros temores. Angharad había tenido razón. Estaba prisionero. Era un cautivo en aquella casa, a merced del doctor Ingram y sus esbirros. Incluso lograban que me sintiera culpable por haber pretendido huir, que tuviera miedo de hacer algo que irritara o contrariase a mi patrón.

—Se lo dije, Barnes —sonó una burlona voz cuando entré en la casa, y me apoyé, jadeante, en una pared, limpiándome el sudor de un manotazo.

Levanté la cabeza. Angharad estaba delante de mí, mirándome con sonrisa entre desdeñosa y compasiva. Debía de estar haciendo alguna tarea ruda de la casa, porque llevaba el pelo desgreñado y la blusa muy abierta. Tanto que, a través de la abertura de sus botones sueltos se veía casi la totalidad de sus dos colosales pechos, mucho más duros y redondos de lo que yo pudiera imaginar hasta entonces. Con su movimiento, al avanzar hacia mí, los agitó como dos montañas sacudidas por un terremoto.

—¿Por qué? —gemí—, ¿Por qué tenerme prisionero aquí? ¡Tengo derecho a ser libre, a ir donde quiera!

—Eso dígaselo al doctor, no a mí —dijo ella indiferente—. Vamos, le veo fatigado y muy abatido. Venga a la cocina le daré algo caliente...

Me dejé llevar cogido de su mano. Era una mano grande y fuerte que tiraba de mí con energía. Me hizo sentar ante la mesa de madera llena de hortalizas y de cacharros de cocina y me sirvió un té caliente con unas gotas de brandy. Eso me hizo sentir mejor. Respiré hondo y la miré. Seguía con su blusa sin abotonar. Inclinada hacia mí, su gigantesco torso casi desbordaba la ropa.

—¿Está mejor ahora? —preguntó.

—Si —asentí—. Bastante mejor, Angharad, gracias. Pero insisto: ¿por qué me retienen aquí? No tienen derecho alguno, no soy su prisionero...

—Cálmese, Barnes, cálmese —me rogó.

Y casi maternalmente me acercó a ella y me hizo apoyar la cabeza en su seno. Confieso que no sentí nada filial ante aquel contacto. Pese a mi estado de abatimiento, el sentir mi rostro sepultado entre aquellas masas carnosas me soliviantó. Ella acariciaba mis cabellos y hundía más y más mi cara en sus senos.

—Angharad... — pretendí hablar, ahogándose mi voz en su carne.

—Así, cálmese —me insistió, sin dejar de acariciarme con una

mano la cabeza. Y sentí su otra mano, audaz, apoyándose en mi pierna, apretando mi muslo, recorriéndolo acariciadora...

Besé sus pechos. Los acaricié, estremecido. La d gemir.

—Derek... —musitó llamándome por mi nombre.

Yo había olvidado ya mis temores y preocupaciones. Su blusa estaba totalmente desabrochada. No llevaba corpiño siquiera. Ni lo necesitaba. La mesa de cocina fue nuestro lecho. Creo que nunca conoceré una mujer tan brutalmente sensual como aquélla.

* * *

—Mal hecho, muy mal hecho, Barnes.

Le miré, sin reaccionar. Me estaba regañando, como si yo fuese un niño, y ni siquiera tenía ánimos de enfrentarme a él violentamente y replicar airado a sus reproches. El gesto del doctor Ingram era frío y hosco, su mirada dura, autoritaria. Sólo traté de protestar mucho más débilmente de lo que hubiese sido razonable: —Doctor, deseo salir de esta casa, no permanecer encerrado en ella...

—Tenía el jardín para pasear. ¿Le parecía poco?

—Soy un empleado suyo, doctor, no un prisionero. —Nadie ha dicho que lo fuese, Barnes. Sólo que no debe intentar salir nuevamente de la casa. No por ahora, ¿entiende?

—No, no lo entiendo. Soy dueño de mis actos, exijo libertad de movimientos.

—La tendrá en su momento. No pretendo retenerle aquí durante mucho tiempo. Pero en estos momentos debe permanecer lejos de todo lugar habitado. ¿No se da cuenta de que el Derek Barnes que era usted antes ya no existe? ¿No ve que ahora es otra persona, y que nadie le identificará en la vecindad como mi ayudante?

—Supongo que eso no importa demasiado. No tengo por qué decir quién soy, si a eso se refiere.

—Importa, y mucho. Colchester es un lugar pequeño. Se conoce todo el mundo, y recelan de los forasteros. No quiero que se fijen en usted antes de tiempo. No deseo que nadie se inmiscuya en mis experimentos, ¿está claro? Usted deberá permanecer aquí, sin salir, hasta que llegue ese día, para evitarle nuevas tentaciones, me veré obligado a prohibirle que pise el jardín.

—¿Qué? —eso sí logró soliviantarme—. ¡No puede hacer tal cosa! ¡No toleraré que se me trate como a un recluso!

—¿No? —me miró irónicamente—. ¿Cómo piensa impedirlo? En mis ausencias, Kurt y Ralph cuidarán de que ello sea así. Y tendrán órdenes concretas de impedirle por todos los medios posibles que

salga al jardín. Entienda eso de una vez, Barnes, y comprenda que hay demasiadas cosas en juego en todo esto para permitirle andar por ahí a su libre albedrío antes de que las cosas estén arregladas adecuadamente. ¿O piensa que se ha ganado la exorbitante suma de mil quinientas guineas, siendo tan sólo un oscuro y mediocre ayudante de laboratorio, un químico como tantos otros?

—Recuerde, doctor, que le doné un cuerpo y un rostro... aun sin haber sido consultado para ello —objeté débilmente.

—¡Un cuerpo mortalmente enfermo y un rostro vulgar, a cambio de un físico envidiable y sano, amigo mío! —protestó enfáticamente el cirujano—. ¡Miles de seres humanos, millones tal vez, accederían de buen grado a tal transformación, y sin embargo ha sido usted el elegido! Debería sentirse feliz por ello, amigo mío, en vez de andarse con objeciones absurdas. Esté tranquilo, tenga un poco de paciencia, y podrá reanudar su vida normal en breve tiempo.

—¿cuándo? —quise saber.

—Pronto —se mostró evasivo, inquietantemente evasivo en ese punto, incorporándose airado de su asiento y dirigiéndose al laboratorio—. Ahora vamos a trabajar, Barnes. Recuerde que cobra por ser mi ayudante.

Le seguí al laboratorio. Durante el día no volvió a hablarse del asunto lo más mínimo, ni siquiera durante las comidas. Pero aquella noche, al retirarme a descansar, dejando todavía al doctor de sobremesa leyendo un volumen de ciencias médicas editado en el extranjero, me atreví a preguntar con cierta frialdad:

—Doctor, me gustaría saber qué serían capaces de hacerme Kurt y Ralph, si pretendiera salir al jardín... o evadirme de esta casa.

Alzó la mirada del libro, se quedó mirándome con fijeza, sin mover un solo músculo de su afilado rostro y acabó diciendo como con desgana:

—No. No le gustaría saberlo, Barnes. No le gustaría. Buenas noches.

Y se enfrascó de nuevo en la lectura del volumen. No pude evitar un escalofrío. Y regresé a mi habitación sin pronunciar palabra.

CAPITULO III

No podía imaginarme ni remotamente que el día inmediato iba a ser el de mi fuga. Y que sería Angharad, la apasionada y exuberante Angharad quien me la facilitaría.

Pero asi ocurrió. Y de modo bien inesperado para mi.

Había permanecido trabajando en el laboratorio en una serie de tareas que el doctor Ingram y yo habíamos iniciado. Mi torpeza inicial con unas manos que no eran las mías había ido cediendo, para dar paso a una rara habilidad, ya que aquellos dedos ajenos que ahora poseía resultaban ser, una vez habituado a su utilización, extremadamente ágiles y sensibles, capaces de realizar el trabajo de laboratorio con más eficacia y precisión que las mías propias, ahora en paradero desconocido. El doctor Ingram se ausentó para alguno de sus misteriosos negocios fuera de la casona solitaria aislada en la nevada campiña invernal, y en el jardín, paseando arriba y abajo, me era dado ver a través de los barrotes de los altos ventanucos del laboratorio subterráneo, las pisadas de Kurt, vigilante constante. No había duda que era el encargado de impedir que, en ausencia del doctor, saliera yo a la luz del día. Había comenzado a nevar ligeramente a primeras horas de aquella fría mañana, y los copos se iban espesando por momentos.

Aterido en el vasto recinto pétreo del laboratorio, iba y venía yo de mesa en mesa, atendiendo las mezclas y las fórmulas que el doctor Ingram, tan preocupado por la química y la farmacopea como por la cirugía, se afanaba constantemente en perfeccionar. Tenía que admitir que, profesionalmente, era un hombre notable, más aún, tal vez realmente genial. Pero su proximidad, su sola presencia comenzaba a producirme inquietud, temor, una vaga aprensión que no sabría definir bien. Bajo sus modales aparentemente aristocráticos, empezaba a entrever su verdadera naturaleza, o así lo pensaba yo al menos. Y eso era lo que me pro duda ese miedo inconcreto.

Angharad se presentó a media mañana con una bandeja conteniendo té, leche, tostadas y mantequilla. Puso eso ante mí, sonriendo con coquetería.

—No has desayunado nada, Derek —me dijo.

—No tengo apetito —confesé, encogiéndome de hombros. Sequé mis manos, manchadas de ácido, en un paño—. ¿Por qué has bajado a traerme todo eso?

—Tienes que tomar algo —respondió—. La mañana está muy fría y te conviene tomar algo caliente. Vamos, deja el trabajo y come algo. Lo necesitarás.

Decidí aceptar, sentándome y sirviéndome té, leche y un par de tostadas. Ella se acomodó sobre una mesa, alzando sus faldas sin recato. Pude contemplar sus recios muslos. Me miró con una expresión especial en el rostro.

—Me gustaría que te quedaras siempre aquí —dijo, balanceando sus piernas—. Pero eso no sería justo. Debes irte. Cuanto antes.

—Eso es fácil de decir —suspiré, meneando la cabeza—. Ahí afuera anda Kurt acechando toda la mañana. Y sólo Dios sabe dónde estará Ralph.

—Duerme —dijo ella—. Ralph duerme en la cocina profundamente.

—Pues Kurt no duerme —gruñí—. No para de ir arriba y abajo todo el tiempo.

—Dejará de hacerlo pronto. Dentro de diez o doce minutos estaré tan dormido como Ralph.

La miré perplejo. Lo decía con absoluta seguridad, como alguien que está muy convencido de lo que afirma

—Supongo que bromeas —comenté.

—No bromeo —negó ella—. Sé lo que digo. Yo misma drogué a los dos.

—¿Qué? —mascullé, incorporándome violentamente— ¿Por qué hiciste eso? El doctor puede castigarte severamente... No valía la pena hacer eso para que pudiera salir yo al jardín.

—No será para eso. Debes irte. Lejos de esta casa. Y cuanto antes mejor. Por eso lo hice.

Ahora sí que estaba atónito. Me acerqué a ella. Puse mi mano en su hombro y la deslicé suavemente hasta acariciar sus senos. Ella gimió, entornando los ojos, y apretó mi mano con una de las suyas.

—Por favor... —susurró—. No, ahora no. No podría resistirlo, Derek. Vete. Tienes preparadas tus cosas, me ocupé de eso. Espera cosa de un cuarto de hora. Esos dos dormirán durante toda la mañana al menos. Les puse algo fuerte en el café, y ni siquiera lo notaron.

—¿Por qué haces todo esto, Angharad?

—Por ti —musitó—. No preguntes más. Debes irte lo más lejos posible. Y no permitir que el doctor y sus esbirros te encuentren. Sería terrible para ti.

—Pero, ¿tu sabes?...

—Sé muchas cosas. Y sospecho otras. No esperes piedad del doctor. Ni de esos dos de allá afuera. Kurt y Ralph ni siquiera son humanos. Sería horrible que supieras lo que son.

Me estremecí. Conociendo al doctor Ingram y sus experiencias, las posibilidades eran muchas y ninguna agradable. Recordando su forma torpe de hablar, su actitud y su aspecto frió y mecánico de actuar, lo que insinuaba Angharad me producía escalofríos.

—Creo que te enriendo —susurré—. Angharad, ¿cómo pagarte

esto?

—Haciendo lo que dije. Huye lejos, borra tus huellas cuanto puedas. El doctor te perseguirá implacablemente. Eras su prisionero y no se conformará fácilmente con dejarte escapar.

—El me dijo que un día seré libre otra vez... —objeté.

—Ese día no llegará nunca, Derek. Nunca. Yo lo sé.

Asentí. Si, estaba seguro de que ella sabía muchas cosas. De pronto sentí un temor.

—¿Qué va a ser de ti cuando sepa que me ayudaste a escapar? —indagué, alarmado.

Sonrió, encogiéndose de hombros.

—Espero que nada demasiado malo —suspiró—. El doctor me necesita. Soy la hembra dócil que calma sus ardores. Trataré de convencerle de que tú pudiste echar la droga en el café cuando te serví el desayuno, y escapaste por tus propios medios. No temas, al irte también me drogaré yo. Te he dejado una copia de la llave de la puertecilla posterior del jardín, la que yo guardaba sin saberlo él. Espero que se crea mi historia.

—¿Y si no la cree?

—Me pegará una paliza bastante fuerte. Pero seguirá necesitando de mis muchas noches —sonrió resignada—. ¿Comprendes ahora por qué me hubiera gustado que te quedaras, si no fuese que siento algo especial por ti, Derek?

Asentí. La besé fuertemente. Sentí temblar su cuerpo en mis brazos. Estuve a punto de pagarle aquel gran favor que me hacía, pero ella fue más fuerte que yo, pese a que su carne era fuego en esos momentos. Me apartó, dominando un jadeo, y me apremió:

—No, no sería demasiado peligroso. No debes perder tiempo. Ve a por tus cosas, las tienes ya dispuestas en la alacena de la cocina, sobre el odre de agua. Adiós, cariño. En cuanto veas caído en la nieve a Kurt, escapa sin vacilar. Y ve de prisa. Elude el camino del pueblo, por si te cruzas con el doctor. Sería un verdadero desastre. Ve a campo traviesa, hacia el nordeste. Encontrarás la carretera de Impswich sin dificultad. Aléjate por ella lo más que puedas, te lo ruego. Y de prisa, muy de prisa.

—Sí, así lo haré —afirme, dándole un último beso.

Eché a correr hacia la cocina. Dejé a Angharad en el laboratorio, con la bandeja del desayuno. Estaba ingiriendo algo de un pequeño tubo. Rogué a Dios que tuviera suerte en su farsa. Algo me decía que el doctor Ingram no iba a conformarse sólo con una paliza si descubría su culpabilidad en mi fuga.

Ciertamente, Ralph dormía como un bendito, de bruces contra la mesa de la cocina Pasé por su lado para tomar mi maletín, dispuesto ya por Angharad sobre la repisa que había encima del odre de agua.

Al hacerlo, no pude evitar descubrir la larga y enorme cicatriz que aparecía a la altura de la base del cráneo, en su rapada cabeza inerte. Sentí un escalofrío. ¿Qué había hecho el doctor Ingram al operar a aquel cráneo? ¿Por qué decía de ellos dos Angharad que *no eran humanos*?

Preferí ignorar la respuesta. Tomé mi pequeña valija y salí rápidamente de aquella lúgubre casa. En el jardín, entre un seto y un macizo de flores cubiertos por la esponjosa nieve, Kurt dormía como un tronco. Mi malsana curiosidad me hizo volver de bruces, puesto que había caído boca arriba, y me aparté, estremecido al ver idéntica cicatriz a la de Ralph en la base de su cráneo, también rapado.

—Dios mío —susurré—. ¿Qué horrores sin cuento se ocultan en esta mansión?

Y cruzando el nevado jardín, abrí la puerta metálica posterior con la llave que Angharad dejara junto a mi maletín y salí a la campiña, blanca e infinita, bañada por la bruma blanquecina de la fría mañana. Pese a lo poco hospitalario del paisaje, sentí mi nuevo cuerpo vivificado por el helado cierzo, y eché a correr cuanto me lo permitían mis piernas y el espesor de la nieve, en la dirección indicada por Angharad.

Advertí cuán profundas dejaba mis huellas en el blanco suelo, y la idea de que al doctor Ingram le sería fácil seguir mi rastro con la ventaja de conducir un carruaje tirado por dos caballos me hizo ir más de prisa y buscar zonas fangosas o sin nieve, para no dejar la señal de mis pisadas en ellas. Cuando alcancé el helado arroyo, lo empecé a recorrer pisando cuidadosamente su cristalina y quebradiza capa. Era peligroso si se rompía, con las aguas heladas debajo, pero al menos allí no dejaba huella alguna de mi paso.

Así recorrí cosa de una milla, saliendo luego a terreno firme, en una zona pedregosa, y alcanzando un sendero vecinal entre arboledas, camino de alguna parte, pero alejándome de Colchester, cuyos tejadillos se veían más allá, a mi izquierda, cada vez más distantes, con el remate de algunos penachos de humo de las chimeneas hogareñas donde ahora estaría cocinándose el almuerzo.

Por fortuna, mis nuevas piernas eran más fuertes y musculosas que las de Dios me diera al nacer. Me había dado el cuerpo de un hombre tan joven como vigo roso, y eso al menos tenía que agradecer al doctor Ingram y su diabólica ciencia quirúrgica. Me sentía capaz de viajar lejos, muy lejos, siempre que me diera ocasión para ello.

No sé cuánto tiempo estuve caminando, pero de repente vi ante mí un aislado edificio, junto a un estrecho camino, provisto aún de esos pasos de barrera propios del siglo XVIII, y sobre la pared de la casa un letrero alentador

POSADA Y ALBERGUE «EL LEON Y EL ALCE»

Tenía ventanas encristaladas y emplomadas, de diversos colores, y una recia puerta de madera de dos piezas. La de arriba, abierta, dejaba ver una sala amplia y confortable, con asientos y mesas de madera rústica, una chimenea con alegre fuego y un mostrador con jarras de barro colgando del techo. El aire olía a cerveza y a whisky. También a comida. Sentí sed y apetito. Además, estaba aterido.

Algún riesgo debía de correr, de modo que entré en el figón sin perder tiempo. Empujé la hoja de madera inferior, y poco después me sentaba en el fuego, tendiendo hacia las llamas las heladas manos. Un hombre gordinflón, de mejillas enrojecidas y pelos hirsutos, vino hacia mi, secándose las manos en un delantal.

—Buenas tardes, amigo —saludó jovialmente, plantándose ante mí—, ¿Algo de beber?

—Y de comer, si aún es tiempo —dije resoplando.

—En mi casa siempre es tiempo de hacer esas cosas —rió de buen humor—, ¿Qué tal un buen trozo de cordero con zanahorias y patatas, regado con buena cerveza irlandesa?

—Para luego es tarde —suspiré—. ¿Dónde está semejante manjar"?

—En la cocina —sonrió—. Dentro de cinco minutos en su mesa, señor.

Y se retiró, no sin antes servirme una jarra repleta de cerveza, un buen conocedor sin duda del gusto de su clientela. La apuré, mirando en torno a la sala vacía. Ahora me daba cuenta de que debía de haber caminado mucho trecho, para ser ya por la tarde. No llevaba reloj, el mío se había quedado en mi dormito rio de la casa del doctor Ingram, pero uno en la pared de la posada me reveló que eran ya las tres y media. Llevaba, al menos, cuatro largas horas caminando sin cesar. Debía de estar muy cerca de Ipswich.

Repentinamente, un temor me asaltó. ¿Llevaría dinero para pagar la comida en aquel mesón? No debía crearme ya más problemas de los que ya tenía sobre mis hombros, pensé, abriendo con rapidez el maletín para ver qué cosas había puesto en su interior mi buena y angelical Angharad.

Respiré con alivio. Apenas abierta la valija de aterciopelada pana estampada, vi encima de todo el sobre cerrado, conteniendo las mil quinientas guineas. Lo desgarré, sacando un billete de cien y dejando el resto en su interior. Guardé el crujiente papel, preguntándome cómo diablos podría cambiarme aquel buen hombre un billete de semejante valor, y si precisamente ese hecho no despertaría sospechas en él acerca de mi persona, tomándome por algún maleante o cosa parecida.

Olvidé todos estos temores cuando puso ante mí el cordero y la cerveza. Comí opíparamente, y rematé la comida con un buen trozo

de tarta de frambuesa. Me sentía infinitamente mejor a la hora de pagar, con el estómago repleto, la sed saciada y el calorcillo de la digestión en el estómago.

Tendí el billete al posadero, justificándome:

—Lamento tener que pagar con un billete tan grande, amigo. Creí haber cambiado suficiente en Colchester, pero me quedé sin un solo penique en el camino...

El hombre meneó la cabeza, mirándome de un modo que se me antojó raro. Luego, confidencialmente, se inclinó guiñándome un ojo y murmuró:

—Mire, señor, a mí no me gusta meterme en la vida de nadie. Por eso le he servido sin vacilar, aprovechando que mi negocio, en días así, suele estar tan vacio como usted ve. No tiene por qué pagarme, créame. Si puede, envíeme desde algún sitio el importe de su comida, pero si lo olvida no se preocupe demasiado. Y no tema nada. Ni le he visto ni le recuerdo.

Me quedé de una pieza, con el billete en los dedos, sin entender ni una sola palabra.

El se echó a reír, sacudiendo la cabeza y mostrándose tan confidencial como antes cuando se acomodó ante mí en un taburete. Miró en tomo, se inclinó y dijo con voz apagada: —Personalmente, no le reprocho nada, señor. Yo también odio a cierta clase de fulanas, ¿comprende? Una vez me endiñaron una enfermedad venérea que aún colea... De modo que le entiendo muy bien. Me alegré el día que supe que se había largado de allí tan a tiempo, créame. De modo que no tiene por qué pagarme. Procure que le vean lo menos posible por aquí. La gente no piensa igual que yo, desgraciadamente.

—Temo no entender ni una sola palabra, amigo —confesé aturdido.

—Vamos, vamos —rió suavemente—. No tiene que fingir conmigo. Pero allá usted si lo prefiere así. Le dañé las señas del mesón, por si desea mandarme ese dinero. Su comida son diez chelines. Como comprenderá, no tengo en toda la casa dinero suficiente para cambiarle un billete de cien guineas. Buen viaje, y buena suerte.

Me levanté, estupefacto. Tomé una tarjeta que me daba con su nombre y dirección, La guardé, prometiendo con voz torpe:

—Sí, tenga por seguro que recibirá su dinero. Y gracias por todo, amigo. Pero sigo sin entender por qué me dijo todo eso. ¿Es que me conoce usted de algo?

—¿Conocerle? —soltó una suave risita. Fue tras el mostrador, y buscó algo, tendiéndome luego un diario cuidadosamente doblado—. Tome, lléveselo para leerlo en el viaje. Eso le enseñará a dejarse ver menos de lo que lo hace ahora. Es usted muy audaz, lo admito. Pero está jugando con fuego. Nunca imaginé, cuando leía ese periódico hace unas semanas, que llegaría a conocerle personalmente. Adiós, y

buena fortuna en el futuro. Se lo deseo de corazón, por todos los diablos.

Le miré sin entender aún una palabra. Pero abandoné la posada con aquel periódico bajo el brazo, lleno de confusión. Camine un trecho, alejándome de la edificación y del sendero cercano, para adentrarme en un bosquecillo inmediato. Me detuve en un claro, apoyándome en un árbol, dejé a mis pies el maletín y desplegué el periódico, en busca de la noticia que hacía hablar de tan extraña forma al posadero.

No tuve que buscar mucho. Era información de primera plana.

Los titulares ocupaban totalmente la primera página, y debajo había una serie de horripilantes, dibujos a pluma, así como una fotografía bastante nítida, reproducida a tres columnas.

Leí esos titulares con estupor

DUNCAN EVANS ESCAPA DE LA PENITENCIARIA LA MISMA VISPERA DE SU EJECUCION EN LA HORCA.

EL TRISTEMENTE CELEBRE ASESINO DE MUJERES LONDINENSE, EN PARADERO DESCONOCIDO. SCOTLAND YARD Y TODA LA POLICIA DEL PAIS TRAS SU RASTRO.

La fotografía de aquel hombre que ilustraba la información era *mi* propia fotografía.

Yo era el asesino de mujeres evadido del patíbulo.

CAPITULO IV

El tren se deslizaba en la noche fría e inhóspita como si fuese una oruga de macilenta luz a través de los campos blanqueados por la nieve. En mi compartimento sólo estábamos un orondo reverendo de carrillos colorados y ridículos lentes de montura de alambre, dormitando entre ronquidos sonoros, y yo mismo, parapetado casi todo el tiempo tras un diario desplegado, en el asiento de enfrente, con la cabeza lo más baja posible y el sombrero bien encasquetado sobre los ojos.

Mis ropas de ahora, así como el sombrero y los lentes que había adquirido en Ipswich aquella tarde, era todo nuevo, lo mismo que el negro maletín de cuero y la bufanda de lana escocesa que me servía para esconder parte de mi rostro a todo el mundo, so pretexto del crudo clima invernal que disfrutábamos. Esa serie de compras me habían permitido cambiar el billete de den guineas y tomar aquel tren a Londres, que ahora estaba pasando precisamente por la región de Colchester, no demasiado lejos de la propiedad campestre del doctor Ingram.

Aunque el reverendo trató de entablar conversación apenas ocupó el asiento al salir de la estación de Ipswich el convoy, mis respuestas breves y mi hostilidad le hicieron desistir pronto de sus propósitos, y acabó venciéndole el sueño.

Ni siquiera sabía por qué tomaba el tren a Londres, pero pensaba que, dado que el asesino evadido era natural de la capital, el sitio donde menos se les ocurriría buscar a Duncan Evans sería en la propia ciudad de Londres, dado que toda la policía del país le buscaba, y muy en especial la londinense. Londres había sido el teatro de sus «hazañas», y el lugar donde fue aprehendido, juzgado y condenado. Allí esperaba la hora cuando escapó, y los periódicos mencionaban el hecho de que había sido visto en Colchester o Ipswich en alguna ocasión, semanas atrás.

Poco a poco, mi horror ante la revelación había ido dejando paso a una fría reflexión de las increíbles circunstancias en que me hallaba inmerso. Ahora podía entender mucho mejor ciertas cosas, incluido el transplante de cerebro y el afán del doctor Ingram por retenerme en su casa a toda costa, sin ser visto por nadie.

Mientras el físico de Duncan Evans, el asesino, recibía mi cerebro, mi cuerpo iba a parar a Evans, que ahora podría deambular libremente por toda Inglaterra, sin que nadie sospechara de él lo más mínimo. Yo , en cambio, era para todos el único y posible Duncan Evans. ¿Quién iba a creer, llegado el momento, mi inaudita historia? La policía, ciertamente, no. No podía ir a ella contándoles la verdad.

Volvería al cadalso, y esta vez definitivamente, sin ser siquiera escuchado. Y el verdadero asesino, bajo la identidad de Derek Barnes, podría moverse con total libertad por el mundo. Mil quinientas guineas podían ser una fortuna. Pero era un mísero pago para la infamia de que había sido yo objeto sin contar con mi asentimiento jamás.

Sabía yo que mi vida en Londres tampoco iba a ser fácil a partir de ahora, especialmente mientras no pudiera dejarme crecer la barba o cosa parecida, para lo cual necesitaba tiempo y aislamiento suficiente.

Pero era preferible aquello a cualquier otro movimiento, aun aceptando todos sus riesgos. Porque ahora ya no tenía que huir solamente del doctor Ingram y sus dos extraños sirvientes, sino también de la policía.

Eso me llevó, súbitamente, a una conclusión espeluznante que no se me había ocurrido hasta este preciso momento. Si Ingram sabía que yo, con mi actual físico del asesino Duncan Evans, estaba libre, cabía la posibilidad de que informase de ello al verdadero Evans, su cliente generoso, capaz de pagar quince mil guineas por un transplante de cerebro a otro cuerpo ajeno.

Entonces... ¡también podía perseguirme el asesino, sobre todo, si llegaba a descubrir, como era inevitable, que su actual cuerpo sólo iba a sobrevivir unas pocas semanas y que no había hecho sino cambiar una muerte por otra!

Mi situación era desesperada. Inmerso en una pesadilla llena de horrores, de la que me era imposible salir, sintiéndome sumergido, cada vez más profundamente, en un torbellino de atroces acontecimientos. Además, sabía que era un camino sin retorno posible. Era Duncan Evans a todos los efectos, y eso era lo que contaba. Nunca más seria Derek Barnes, el oscuro ayudante de laboratorio, el químico mediocre y vulgar, sino el odiado y perverso asesino de mujeres de mala vida en las calles de Londres.

Hasta seis prostitutas, todas ellas jóvenes y atractivas, había asesinado Duncan Evans según el relato espeluznante de los diarios. Y todas por el mismo procedimiento sádico y brutal: unas largas tijeras afiladas, clavadas hasta la empuñadura entre los senos de las víctimas, para después llenar de tajos el cuerpo con la misma arma asesina

El asesino, según los diarios, era hombre de la buena sociedad londinense, un joven rico y crápula, mujeriego y juerguista, atractivo para las mujeres, elegante y refinado, culto y exquisito. Casado con una hermosa dama de la misma selecta condición social, nadie hubiera podido imaginar nunca en él una doble personalidad semejante.

Te cuento todo esto, Mabel, aunque sé que tú conocerás la historia

mejor que yo tal vez, y que habrás leído en su día esas informaciones en los periódicos, cosa que para mi desgracia yo no hice porque nunca me han atraído los relatos sensacionalistas de la prensa amarilla. Claro que eso tampoco hubiera cambiado en nada mi triste destino, puesto que nadie me consultó para ese abominable trueque de cuerpos y cerebros que un científico ambicioso y deshumanizado se prestó a llevar a cabo.

Lo cierto es que iba pensando en todo eso mientras el tren avanzaba en la noche, a través del paisaje helado, después de haberse detenido en una estación perdida tras los vidrios empañados de mi compartimento, allá en la oscura noche sólo alumbrada en los reverberos en la nieve. Sólo vi sus luces macilentas perdiéndose a espaldas del convoy, e imaginé que Colchester había quedado atrás. La próxima parada sería Liverpool Station, en Londres, a menos que se detuviera en algún pequeño apeadero suburbano unos instantes.

Bajé el diario un momento, dirigiendo una mirada curiosa al reverendo. Continuaba dormido, resoplando como la vieja locomotora que arrastraba ahora los vagones trepidantes del ferrocarril Desvié mis ojos hacia la portezuela del pasillo al advertir que alguien asomaba a la misma.

El rostro pegado al cristal me hizo lanzar un alarido de terror. El reverendo pegó un respingo, despertándose de golpe y mirándome con ojos desorbitados.

¡Acababa de ver, deformado por el vidrio contra el que se apretaba, más feo y monstruoso que nunca, al fiel Kurt, el criado del doctor Ingram!

Cuando el reverendo despertó y yo volví a mirar, ya no había nadie en el pasillo del vagón.

* * *

—¿Ocurre algo, joven?

—No, nada —calmé al asustado reverendo, inclinando rápido mi cabeza hasta pegar la barbilla al pecho, de modo que mi sombrero cubriese casi por completo el rostro—. Perdone, me quedé dormido y tuve una pesadilla, sin duda...

—Oh, claro, claro —respiró aliviado el hombre, cuyas mejillas habían enrojecido notablemente más de lo que en él era habitual—. No tiene que disculparse, ocurre a veces. Yo mismo, cuando a veces tengo un mal día y consigo dormirme...

Ya había vuelto a enhebrar la larga hebra de su charla. Le escuchaba sin arle, sin saber lo que me decía siquiera, sintiendo

palpitar con fuerza mi corazón y temblar mis manos y mis piernas.

No había imaginado nada. Kurt estaba allí, en aquel tren. Debió subir en la estación de Colchester. Tal vez el propio doctor Ingram estaba también a bordo del convoy, en busca mía. Era muy astuto el maldito cirujano. Vagamente, volvió a mi cerebro aquella frase inquietante y oscura de Angharad: «...ni siquiera son humanos».

Dios, ¿qué había querido decir? ¿Qué clase de criaturas horribles eran Kurt y Ralph? Me pregunté, desolado, qué sería de Angharad en estos momentos.

Pero había que hacer algo más que preguntarse cosas. Si ellos estaban en el tren, estaba perdido. Sólo con Kurt la situación ya era inquietante y peligrosa. No me dejarían bajar libremente en Londres. Estaría preparando la estrategia para reducirme. El doctor Ingram sabía que una sola palabra del supuesto Duncan Evans a la policía, significaría su ruina, cuando menos por encubridor de un asesino evadido de la penitenciaría. Y él iba a evitarlo a cualquier precio.

Ese precio era yo, naturalmente. Mi libertad, acaso mi vida. Tomé una repentina decisión nada fácil. Me incorporé y ni siquiera me preocupé de tomar mi maletín de la red.

—Disculpe, reverendo —farfullé—. Voy al lavabo un momento.

Le dejé allí, interrumpida su perorata, y miré a un lado y a otro del pasillo.

El no vislumbrar a Kurt por parte alguna no logró darme el menor alivio. Estaba en alguna parte de aquel vagón, eso era obvio. Tal vez en la plataforma, pensé. ¿Pero en cuál?

Era como una lotería al cincuenta por ciento de posibilidades. Tenía que decidirme por una u otra. Cualquier cosa sería mejor que permanecer en aquel tren hasta su estación de destino.

Me decidí. La plataforma más alejada. El riesgo era mayor, porque debía pasar entre más compartimentos, y en uno de ellos podía hallarse el doctor Ingram o su otro esbirro, Ralph.

Aun así, lo hice. Kurt había desaparecido demasiado de prisa. Eso podía indicar que se ocultaba en la plataforma más próxima. Avancé por el corredor rápidamente, vuelto el rostro al otro lado de las puertezuelas de los compartimentos. Intentaba ver reflejados en los cristales de las ventanillas, sobre el fondo oscuro de la noche y el blanco vapor de la locomotora, las imágenes de los distintos viajeros. No descubrí al doctor Ingram en ninguno. Tampoco a Ralph.

Llegué a la plataforma. Asomé, con el corazón desbocado en mi pecho. Respiré hondo. Había tenido suerte. Estaba vacía. Allá, tras la puertecilla de hierro, desfilaba la noche, la nieve fantasmal, el vapor del tren, el aire frío y cortante. Mis ropas y cabellos se agitaron, tuve que sujetar el sombrero para no perderlo. Guardé los lentes en mi bolsillo, y me dispuse a saltar. Pasé junto a la cerrada puerta del

lavabo, alargué la mano para abrir la portezuela de la plataforma...

La puerta del lavabo se abrió. ¡Kurt saltó sobre mi con un rugido animal!

Sentí mi sangre helarse por el terror. Aquel ser parecía realmente una bestia y no un hombre, cuando emergió inesperadamente del servicio del vagón, arrojándose sobre mi persona como un poseso. Vi sus grandes zarpas crispadas, dirigiéndose hacia mi cuello mientras jadeaba con voz ronca, como un autómata«..

—No escaparás... No escaparás... No... no...

No sé cómo pude eludir aquellas manos que, de hacer presa en mi cuello, me lo hubieran roto sin lugar a dudas. Pero lo cierto es que lo hice, y me cal hacia la portezuela de hierro. El se irguió, rugiendo, buscándome de nuevo.

Salté por encima de la portezuela cerrada, a todo riesgo. Cualquier cosa, incluso ser arrollado por el convoy, era preferible a ser víctima de aquellas garras asesinas. El rostro crispado de Kurt era una máscara de odio, de crueldad, de muerte.

Tuve fortuna. Rodé por la ladera cubierta de blanca nieve, dando volteretas y desgarrando mis ropas en los arbustos, mientras mil arañazos cubrían mis manos y rostro. Kurt, en su exasperado afán por darme alcance, se había precipitado hacia la portezuela, saltando tras de mi como un simio feroz. Ver su figura rechoncha y brutal, recortándose contra la noche nevada al brincar al vacio, me causó pavor.

Pero él no tuvo suerte. Tal vez cayó torpemente o quizás el destino en esta ocasión jugo a mi favor. Lo cierto es que le vi desplomarse pegado al vagón, como absorbido por éste, y desaparecer entre las ruedas y la vía. Un alarido ronco, desgarrador, se mezcló con el trepidar sordo de las ruedas por encima de su cuerpo.

Luego el tren se perdió en la distancia, ajeno su maquinista y sus viajeros a la tragedia acaecida, y sus luces amarillentas se difuminaron en la noche, al doblar una curva. Sobre la vía, era posible vislumbrar, gracias al contraste con la nieve, un bulto oscuro e informe, que no se movía lo más mínimo.

—Dios mío... —jadeé, incorporándome al fondo de la zanja a donde había ido a parar, sobre un lecho de crujiente hielo—. Vale más que haya sido él y no yo...

Pero esto no resolvía definitivamente las cosas. Por el contrario, sólo eran el claro indicio de lo que me aguardaba. El cadáver de Kurt sería hallado en el lugar del suceso. Ingram se enteraría de lo ocurrido. Y su ira no tendría imites. Me buscaría como fuese, hasta el mismo centro de la Tierra.

Yo, ahora, estaba peor que antes. En plena noche, a una temperatura glacial, en la campiña solo, tejos de todo lugar habitado,

y perdido el último tren de la jornada con destino a Londres. Tendría que volver a caminar y buscar un refugio donde pasar la noche, para intentar al otro día, lo más pronto posible, buscar refugio en la gran ciudad, único punto donde, pese a todos los riesgos, me seria más factible eludir su persecución y la de la policía. Un pueblo, un lugar pequeño, con la publicidad que los diarios habían dado al rostro de Duncan Evans, era como un suicidio seguro. No tardarían en reconocerme como me había reconocido un buen posadero. Y no todo el mundo en Inglaterra sentiría tanto rencor contra las prostitutas como aquel hombre. La persona de Duncan Evans debía de ser odiada y temida por mucha gente, especialmente por las mujeres. Y ahora yo era Duncan Evans a todos los efectos.

Me incorporé, sacudiendo de nieve mis ropas y alegrándome ahora de llevar el sobre repleto de billetes de cien guineas en mi bolsillo y no en el equipaje perdido con el tren. Caminé cosa de un par de millas antes de encontrar un viejo cobertizo abandonado, cerca de un caserío en ruinas. Me metí allí, ahuyentando un par de asustadas liebres que se perdieron en la nieve a todo correr, y me cubrí como pude con montones de paja seca, para protegerme del intenso frío.

Estaba tan agotado que me dormí muy pronto, pese a todas las emociones vividas aquel día, desde mi despertar en la mansión siniestra del doctor Ingram hasta este momento. La primera luz del día, aunque nublada y triste, me despertó realmente aterido y con un fuerte dolor de cabeza.

Tuve que caminar otras dos o tres millas, hasta encontrar un indicador de caminos que señalaba la distancia de una milla a Witnam, una pequeña población del Condado de Essex, en el camino hacia Londres. Me detuve, desalentado. Era demasiada distancia aún hasta la capital. Todavía quedaban en el camino algunas poblaciones importantes, como Chelmsford y Brentwood. Pero si lograba llegar a Witman sin que se me congelaran pies y manos, podría alquilar o adquirir un carruaje de caballos para llegar a Londres lo antes posible.

Me decidí, y poco después entraba a Witnam, pequeño pueblo cuyas calles aparecían desiertas a mi llegada. Deseando y confiando en no ser reconocido, me dirigí a una taberna para tomar algo caliente y preguntar dónde se podía adquirir un coche de caballos, ya que el tren no se detenía nunca en aquel lugar.

No me faltó la fortuna una vez más. El cantinero no pareció identificarme, me señaló el sitio donde podía alquilarme un carruaje, y allá me dirigí. El hombre en cuestión se mostró reacio a alquilarlo sin conducirlo él, y pretender comprarlo, estando a tan corta distancia de Londres, hubiera resultado sospechoso, de modo que acepté ese nuevo riesgo y decidí hacer el viaje con él.

Cuando alcancé Londres aquella mañana, me sentí infinitamente

mejor, pese a que sabía que, en cierto modo, era como meterse en la misma boca del lobo, con Scotland Yard detrás mío, con el doctor Ingram tras mi pista... y tal vez con el auténtico Duncan Evans, ahora con mi propio físico, buscando al hombre que le había dado, a cambio de su saludable y envidiable persona, un cuerpo enfermo y un rostro vulgar.

Me despedí de mi cochero accidental al llegar a las proximidades de Spitalfields, y me confundí con la gente que cargaba y descargaba mercancías en los carruajes detenidos en los alrededores del mercado. Para mí, aquella zona era tan buena como cualquier otra para buscar alojamiento, lejos del centro urbano, donde podía ser más peligroso aventurarse, y encontré una fonda para mineros y gente por el estilo, en Hanbury, no lejos de Whitechapel, barriada que, al decir de los periódicos, había sido teatro favorito de los crímenes de Duncan Evans. Después de todo, Whitechapel es la zona de Londres donde mujerzuelas deambulan por las noches en el oficio más viejo del mundo, y no había duda de que el asesino había sabido elegir bien su escenario de operaciones.

Sabía que el alojarme cerca de Whitechapel comportaba un riesgo, por si alguien en aquella zona de la ciudad recordaba el rostro del verdugo de mujeres, cosa bastante factible. Pero a estas alturas todo era arriesgado, y no valía la pena seguir intentando sobrevivir si no era corriendo algún riesgo.

Pasaron varios interminables días antes de que mi barba comenzara a crecer lo suficiente, y ello unido a mis lentes de cristales sin graduación, y a unas ropas que no fuesen las elegantes y pulcras a que estaba habituado el original Duncan Evans, lograron darme un aspecto bastante diferente al que tenía yo durante mis últimos das en casa del doctor Ingram. Tal vez un buen fisonomista podría reconocerme, pero no todo el mundo lo es, por fortuna para quienes necesitan ocultarse del prójima como es mi caso.

Los periódicos, que yo devoraba día a día, encerrado en mi fonducho de mala muerte, aunque saliendo por las noches para fingir que trabajaba en algo y no despertar las sospechas de mi patrón, no cesaban de hablar de Duncan Evans, el asesino de rameras de Whitechapel. La policía seguía sin dar con su paradero. Pero confiaban en cerrar pronto el cerco en tomo suyo. Era lo que siempre se decía para contentar a la opinión pública. Yo estaba seguro de que por el momento distaban mucho de tener pista alguna sobre mi paradero. Y menos aún sobre el del verdadero asesino, cuyo cerebro tenía por envoltura un físico totalmente opuesto al que todos conocían.

Una noche, sin embargo, cuando ya creí tener suficiente barba para pasar inadvertido incluso para quien hubiera podido ver alguna vez a

Duncan Evans, cometí mi primer error grave. Un error que habría de tener, andando el tiempo, enormes e imprevisibles consecuencias para mí y para otras personas.

Yo había leído repetidas veces la historia de Duncan Evans y sus crímenes. Me los conocía todos detalle a detalle, así como el nombre de sus víctimas, circunstancias de cada sangriento hecho, siempre de noche, con niebla y en zonas particularmente solitarias de Whitechapel. A través de los relatos, un nombre se repetía con relativa frecuencia: El Cuervo Rojo.

Se trataba de una de tantas tabernas del East End londinense, cuyos dueños han sido siempre tan inclinados a bautizar con nombres de animales a los que añadían algún color, por absurda que resultara la combinación. Junto a leones verdes, zorros escarlata, águilas doradas y alces azules, existía un Cuervo Rojo en Saint Mary Street, en el mismo corazón de Whitechapel. Cerca de aquel local, casualmente o no, había matado Duncan Evans a tres mujeres. Sus cuerpos, acribillados a cortes de tijera y con la brutal herida de la misma arma clavada hasta el fondo entre ambos pechos, habían aparecido en callejones o patios de aquella sórdida vecindad, en medio de espantosos charcos de sangre. No sé qué fue, si una morbosa curiosidad o el afán de conocer algo más de la siniestra personalidad del hombre que, pese a mi voluntad, me había donado un cuerpo a cambio del mío condenado a morir en breve plazo, lo que me empujó aquella noche a visitar El Cuervo Rojo y tomar un trago en él.

Llevaba una documentación, obtenida a cambio de un buen dinero entre hampones falsificadores de los bajos fondos de Londres, que me acreditaba como marinero yanqui, embarcado en Nueva York y con residencia temporal en Inglaterra. Esperaba que si surgía algún inspector del Yard y me pedía identificarme, resultase convincente todo aquello. Incluso había aprendido en los últimos días a copiar el gangoso y horrible inglés de los americanos, escuchando a unos marineros alojados en mi pensión.

Lo cierto es que llegué a El Cuervo Rojo a eso de las diez de la noche. Había una espesísima niebla en torno al *pub,* algo que parecía algodón, envolviendo las callejuelas húmedas y mal alumbradas del East End. Una noche ideal para Duncan Evans y sus crímenes, pensé al empujar la puerta vidriera del *pub,* con un escalofrío.

Porque podía suceder que en estos precisos momentos, un hombre con el físico de Derek Barnes, químico, estuviera clavando unas tijeras a una ramera en el pecho, o cuando menos acechando en la sombra el momento oportuno de añadir una séptima víctima a su macabra lista.

El ambiente en el local era casi irrespirable. Humo, olor a sudor y

perfume barato, mezclados con un fuerte hedor de cerveza agria, convertían al *pub* en un lugar pestilente y pesado. Prostitutas muy pintarrajeadas, exhibiendo sus grandes descotes y luciendo atavíos de vivo colorido, alternaban con mozos de los mercados, marineros, chulos y truhanes de toda laya.

Me senté en una mesa arrinconada, tras recoger una jarra de cerveza del mostrador, y me senté en ella, tomando un trago. La vidriera del local aparecía empañada por el vaho y era imposible ver algo en el exterior. Cuando limpié un poco el vidrio el resultado era el mismo. La niebla en el exterior se apelmazaba, pegada al ventanal, impidiendo ver nada.

Sólo un momento más tarde, una sombra recortada en la vidriera me hizo echar atrás, con sobresalto. La inconfundible silueta de un *policeman*, con su casco peculiar, se perfiló en el cristal, envuelta en la niebla. Se detuvo un momento, pareciendo a punto de entrar en el local. Luego, bruscamente, se alejó hundiéndose en la bruma.

Respiré aliviado, tomándome otro trago de cerveza. Me disponía a ponerme en pie para llenarme de nuevo la jarra en el mostrador, cuando alguien puso sobre la mesa dos grandes jarras, una delante de mi y otra enfrente. Alguien se sentó frente a mi. Una voz fría me saludó:

—Buenas noches, amigo. ¿Le apetece un trago? Yo invito.

Alcé la cabeza, sobresaltado. Creí reconocer muy bien aquella voz. Lo que vi me llenó de horror y provocó en mí un escalofrío.

—Usted... —susurré, sintiendo que la sangre se congelaba en mis venas.

—Si, yo —sonrió el hombre sentado frente a mí—. Curioso encuentro, ¿verdad, señor Duncan Evans?

El que estaba frente a mí era yo misma

Yo, antes de serme trasplantado el cerebro a otro cuerpo. Aquél era mi rostro, mi físico. Pero estaba en otra persona.

De modo que supe que estaba frente a frente con el verdadero Duncan Evans. Con el asesino de Whitechapel.

CAPITULO V

Tomé un largo trago de cerveza. El también.

Miré a mi alrededor, mientras mantenía la jarra pegada a mis labios. Debió adivinar mis pensamientos, porque su voz seca llegó hasta mi, en un susurro:

—No ganaría nada con buscar ayuda. Recuerde que es *usted* el famoso Duncan Evans y no yo. Puedo probar, sin lugar a dudas, que soy Derek Barnes, químico de profesión.

Casi me atraganté con la cerveza. Al dejar la jarra en la mesa, temblaba mi mano ostensiblemente. Los ojos de él, *mis ojos*, estaban fijos en mi. Era una sensación extraña como terrible. Ningún hombre la ha podido experimentar hasta ahora, excepto yo. Yo puedo asegurar que es como vivir una pesadilla alucinante.

—Tiene razón —musité con voz ronca, inclinando la cabeza—. ¿A qué ha venido aquí?

—Eso debería ser yo quien lo preguntase —rió duramente—. Recuerde que bajo este físico que tan bien conoce usted, es *mi* cerebro el que actúa. Y que yo he frecuentado mucho esta zona de la ciudad.

—Sí, claro —asentí—. Y ha matado aquí a varias mujeres, ¿no es cierto?

Permaneció silencioso, como si no quisiera hablar de ese tema. Dirigió una vaga mirada a la gente que llenaba el local, ajena a nosotros dos, a la vidriera empañada, a la espesa niebla del exterior. Luego, movió la cabeza.

—Me gustan estos barrios —confesó lentamente—. Mucho más que la aristocrática y elegante zona donde nací y donde yo he vivido siempre. Esto es auténtico, más sincero. Miserable, pero sincero. Supongo que usted leyó bien los periódicos cuando supo quién le había donado su nuevo rostro y su nuevo cuerpo, Barnes. Y por eso está aquí. ¿Me buscaba a mí?

—Cielos, no —me apresuré a negar—. Es la última persona a quien hubiera querido ver esta noche, Evans. Pero yo me alojo cerca de aquí. Me escondo donde puedo, lejos de donde les sea fácil identificar este rostro y arrestarme por asesinato para volverme al lugar de donde usted escapó.

—El doctor Ingram le hizo una mala jugada —admitió él con vaga sonrisa—. Siempre creí que iba a donarme el cuerpo de un pobre diablo muerto, no de un vivo. Eso es lo que él me dijo, y yo le creí. Nos has engañado a ambos, estoy seguro. Ese hombre es un diablo.

—No lo sabe usted bien. Me persigue. Era su prisionero y escapé. Sé que anda por Londres buscándome. Sabe que estoy en la ciudad y

la removerá con sus esbirros hasta dar conmigo.

—Yo también quería encontrarle a usted, Barnes.

—¿Por qué? —le miré fijamente, temiendo la respuesta.

Me miró con frialdad. Y me dijo justamente lo que yo tanto temía oír.

—Creo que hice un mal negocio pactando con el doctor Ingram. Cambié una sentencia de muerte por otra. He visitado a un módico hace unos días. Creo que ya conoce el resto mejor que nadie, Barnes.

Asentí, tragando saliva. Aquel hombre, pese a tener mi antiguo aspecto, me daba miedo. Después de todo, era un famoso asesino de mujeres. Y no debía sentir demasiada simpatía por el hombre que le había donado tan miserable envoltura.

—Lo siento —dije—. El doctor Ingram hizo el trasplante doble sin consultarme, sin yo saber nada. Cuando me enteré de ello, era tarde. Todo estaba consumado. No tengo la culpa de lo que ocurre, créame.

—Le creo. Pero no es agradable creer que se está a salvo... para saber que existe otra sentencia de muerte inapelable a la que uno ya no puede escapar.

—¿Por qué no? Del mismo modo que le trasplantó el cerebro a otro cuerpo una vez, puede hacerlo otra. Por dinero y para propio orgullo de su maldita capacidad científica, hará lo que sea.

—Se equivoca. El doctor Ingram me avisó de ello previamente: no existe posibilidad de un segundo trasplante. Ninguna Siempre que lo intentó con animales, fracasó. Los cobayas murieron sin remedio.

—Dios mío —gemí—. Debo seguir siempre con este físico suyo, Evans...

—¿Por qué cree que va a sobre vivirme, Barnes? —me replicó glacialmente, apurando la cerveza—. Si yo voy a morir, por su maldita enfermedad incurable, usted también tiene que morir. Vamos, ya acabó la cerveza. Salgamos de aquí.

—¿Que pretende? ¿Asesinarme a mí ahora por eso? —murmuré, estremecido.

—Hablaremos de ello en la calle. Salgamos. Hay demasiada gente aquí ahora, y cualquiera podría reconocerle. Le estoy haciendo un favor invitándole a salir.

—No me fio —repliqué—. Usted me odia. Siempre mató en esas calles que tan bien conoce, en noches de niebla como ésta...

—¿Va a salir o no? —se impacientó—. Y procure que no le vean bien la cara. Recuerde que es a usted a quien buscan por múltiple asesinato, no a mí. Su burdo disfraz no engañaría a nadie, y menos aún a Simón Hackett.

—¿Simón Hackett? ¿Quién es él?

—El inspector de policía de Scotland Yard que me arrestó. Ha jurado darme caza de nuevo sea como sea. Es un lince. Seguro que no anda lejos de estos lugares.

No me seducía la idea de ir con él a la calle, pero obedecí. Al salir, pegado a él, noté algo que me rozaba. Llevaba un objeto duro y rígido bajo su gabán. Tuve la incómoda sensación de que podía ser una daga. O tal vez unas largas tijeras...

Salimos a la calle. Caminamos entre la niebla. La luz de las farolas de gas era escasa y muy espaciada. No resultaba raro que Whitechapel fuese un buen coto de caza para los asesinos.

Me llevaba cogido del brazo, no sé si para no perderme o para guiarme a través de aquellas callejas que tan bien conocía él. La sensación de caminar junto a un monstruo capaz de acuchillar a tijeretazos a pobres fulanas callejeras no resultaba nada agradable. Y menos aún sabiendo que tenía un motivo para deshacerse de mí, al menos como venganza por algo de lo que yo no tenía culpa alguna

—¿Piensa que voy a asesinarle, Barnes? —preguntó de repente con voz suave.

Se detuvo, y me obligó a detenerme. Una cercana farola, con su halo pálido y fantasmal en la bruma alumbró su rostro y alargó siniestramente su sombra sobre un húmedo muro de oscuros ladrillos, donde alguien había escrito una frase obscena con tiza.

—No sea estúpido —me reprochó—. Sería un crimen inútil. Usted no tiene culpa de lo que me ocurre. Como yo no la tengo de su actual odisea.

—Menos mal que lo admite así, Evans —susurré.

—No le he traído conmigo para matarle. Al contrario, deseo pedirle un favor.

—¿A mi? —me sorprendí.

—Sí. Lo necesito. Y mucho. Tiene que ayudarme.

—Me gustaría poderlo hacer, pero no creo que esté yo precisamente en condiciones de ayudar a nadie...

—Lo está. Quiero entregar un mensaje a mi mujer, explicarle lo que sucede. Lo he intentado ya dos veces. Estuve cerca de ella. Y en las dos ocasiones me volví atrás, asustado. ¿Se imagina lo que pensaría ella de un desconocido que le dijera de repente: «Rachel, querida, soy tu marido, Duncan»?

—Si, lo imagino —suspiré—. Yo también conozco a una chica... Y no me imagino lo que sentina si le dijera que yo soy Derek Barnes.

—Entonces, ya lo sabe. Eso es lo que quiero. Que reciba el mensaje. Nadie mejor que usted para hacerlo.

—¿Yo? —me estremecí—. Pero Evans, su mujer- pensará al verme que yo soy... usted.

—Claro. Debe fingirlo en principio para confiarla. Luego, le da el mensaje. Ella lo leerá y sabrá la verdad.

—Pero no creerá una sola palabra.

—Tiene que creerlo. Usted podrá demostrarle que no es Duncan Evans. Pero eso ha de suceder cuando esté dentro de su casa, cuando se haya ganado su confianza, pensando que soy yo quien la visita. Conozco bien a Rachel. No permitiría dejar entrar a nadie ajeno en casa.

—Pero existe el peligro de que la policía vigile su domicilio, Evans.

—No es así. Lo he podido comprobar sin riesgo alguno para mi persona. El inspector Hackett sabe que el último lugar al que yo iría

es a mi propia casa. Allí reside también mi primo Geofrey, y él es quien me denunció a la policía Saben que jamás pisaría el lugar donde él está. Pero deseo ver a mi mujer, Barnes. La amo locamente, la necesito, siquiera sea unos instantes. Ella puede ayudarme, pero siempre que mi primo lo ignore totalmente.

—Y si su primo Geofrey me ve aparecer, se apresurará a avisar a la policía

—No tiene nada que temer. He averiguado, a través del servicio, que Geofrey permanecerá este mes en Edimburgo. De modo que no existe riesgo alguno.

—¿Y qué sentirá su esposa al creer que su esposo vuelve a casa cuando le busca toda la policía de Inglaterra? No creo que ella haya podido olvidar que usted mató a varias mujeres de la calle tan brutalmente...

—Aun en ese caso, sé que me ayudará. Lo intentó ya entonces. Ella sabe que ninguna de esas mujeres fue violada. De modo que aunque yo las hubiera matado, no era por motivo sexual alguno. Eso una mujer siempre lo agradece, por monstruosas que sean las culpas que uno ha cometido. En el supuesto, claro está, de que las hubiera cometido.

—No irá a decirme que la policía la prensa y la opinión pública de toda Inglaterra, incluso jueces y jurados, se equivocaron con usted y que no mató a esas fulanas.

—No pretendo convencerle de tal cosa, Barnes —dijo gravemente, mirándome muy fijo—. Pero juro ante Dios que soy inocente de todo ello. Yo no maté nunca a nadie, Barnes.

* * *

Y yo le había creído, maldita sea.

Lo dijo de tal modo que creí advertir la sinceridad más absoluta en su rostro, tal vez influenciado por el hecho de que era como estar contemplándome en un espejo y verme a mí mismo, con mi propia expresión de siempre.

Le había creído y allí estaba ahora. Ante la casa de los Evans, en el West End, al otro lado de Londres. En la zona elegante y señorial de la ciudad, ante edificios con escalones de mármol, jardincillos y verjas, en pleno corazón de Mayfair.

Era una locura y lo sabía. Pero Duncan Evans me había convencido de varias cosas. Una de ellas, que no había peligro en aquella visita nocturna, y si solamente el problema de enfrentarse a una mujer que creería que yo era su esposo, y que difícilmente iba a aceptar lo que él le contase en su misiva. Sobre todo viéndome a mí ante ella. Mis palabras, con la voz y la entonación de su esposo, no confiaba yo en que resultasen precisamente convincentes para Rachel Evans.

Ciertamente, no parecía haber policías vigilando la zona, por lo que me era dado advertir a mi llegada en aquel carruaje de alquiler con el que había cruzado Londres de lado a lado.

Pagué generosamente al cochero, y me quedé mirando la fachada de la casa, con su puerta flanqueada por dos columnas, su escalera de mármol y sus verjas laterales, con la puerta de servicio en el nivel inferior a la calle, tras una de ellas.

Vacilé, tras una furtiva mirada en torno mío, recorriendo la calle solitaria. Era un paso muy arriesgado. En mi bolsillo, la misiva lacrada del auténtico Duncan Evans esperaba ir a parar a las amadas manos de la esposa. Había rechazado toda compensación económica, y Evans me había apretado la mano con un calor y una emoción muy especiales, dándome emotivamente las gracias por mi cooperación.

Duncan Evans me había entregado una llave de su casa. Subí los escalones y la introduje en la cerradura con naturalidad. La hice girar. No había pestillos interiores echados, tal como preveía él. Pude entrar sin dificultad en el oscuro vestíbulo. A través de una vidriera, me fue posible vislumbrar una gran escalera ascendente, allá al fondo, iluminada por un resplandor externo. Avancé hacia ella decidido. Evans me había hecho un croquis de la casa. Podía moverme por ella con cierta soltura recordando aquel tosco gráfico. Iba derecho a la alcoba de Rachel Evans, su esposa. Mi corazón latía con fuerza. No sabía lo que iba a suceder, pero temía que aquello no saliera bien. Y no podía medir tampoco sus posibles consecuencias.

Pero faltaba poco para que todo se despejase de uno u otro modo. Avancé por el corredor de la planta alta, hacia mi derecha, siguiendo las indicaciones del croquis que mantenía en mi memoria. Vi una leve claridad bajo la rendija de una puerta. Recordé algo que me dijo Evans:

—Mi esposa duerme siempre con la luz encendida. No hay error posible en dar con su dormitorio.

Llegué ante la puerta. Lo que iba a hacer era una intrusión indigna. La alcoba de una dama, esposa de otro, iba a ser visitada por mí en plena noche. Y yo, físicamente, era el esposo de aquella mujer. La situación no era nada fácil ni cómoda para mi. Sobre todo si Rachel Evans era tan hermosa como decían los periódicos.

Hice girar el pomo lentamente, sin apenas ruido. Abrí. La luz provenía de una pequeña lámpara de gas mural, de rosada pantalla, que difuminaba un resplandor tenue por la alcoba.

Ella yacía en el lecho amplio y suntuoso, envuelta en telas tenues, traslúcidas, que dibujaban con nitidez su espléndida figura. Una mata de cabellos claros, suavemente dorados, se desparramaba sobre la almohada bordada con las iniciales R.E. El descote de su deshabillé dejaba asomar unos senos hermosos y suaves.

Me acerqué lentamente a ella, procurando no mirarla como a una mujer, para no hacerme indigno por aquella intrusión, aun contando con el permiso de su propio marido.

Al inclinarme, susurré en voz baja, apresurándome luego a taparle la boca con mi mano, precavidamente:

—Rachel... Rachel... Despierta... Rachel, despierta, por favor...

Despertó. Y vi sus ojos azules, limpios, repentinamente abiertos, agrandándose por momentos, mirándome con vivo horror primero, con estupefacción después, con incredulidad al fin. Su cuerpo se había puesto rígido. No la solté la boca, pero añadí suavemente:

—No, no grites, no eleves la voz. Nadie debe saber que estoy aquí, Rachel... Nadie, ¿comprendes? No vengo a hacerte daño alguno. Al contrario. Tú sabes que seria incapaz de causarte la menor molestia, tienes que saberlo...

Asintió con la cabeza dos veces. Aparté mi mano. Ella respiró hondo, sin dejar de mirarme.

—Duncan... —musitó luego—. Oh, Duncan, no puedo creerlo... ¡Duncan, vida mía!

No pude evitarlo. Se arrojó en mis brazos, me rodeó con los suyos desnudos y tersos, aplastó su boca contra la mía sentí su lengua penetrar en mi cavidad bucal, en un beso ardiente, pasional. Su cuerpo se estremecía, cálido, apretándose a mi con fuerza. Procuré no pensar, no sentir como un hombre ante aquel trance.

Ella me sujetaba aún, mirándome con ojos turbios, con gesto emocionado. Tiraba de mí hacia el lecho, y yo me resistía.

—Duncan, amor mío... —gimió—. ¿Cómo has podido llegar hasta aquí? ¿No te ha visto nadie?

—No, nadie —negué lentamente, sentándome en el borde del lecho —. Ahora, déjame que te cuente algo...

—Después, amor, después —me interrumpió, apasionada, llevando mis manos ardorosamente a sus senos, apretándolos con ellas, ardientemente—. Tanto tiempo sin ti, llorando por tu suerte... Bendito sea el destino que te devuelve a casa, aunque sólo sea por unas horas y luego debas seguir oculto...

—Rachel, esos crímenes... Están equivocados, es un monstruoso error... —traté de decirle, sin dejar de resistirme a sus intenciones.

—Lo sé, lo sé. ¿Cómo ibas a ser tú un asesino, Duncan? Sé que están todos locos, que es una monstruosidad acusarte, condenarte... Dios mío, cuánto sufrí hasta el día que te liberaste de la prisión... Ahora, me paso los días rezando para que no te cojan, para que encuentren antes al verdadero asesino y quedes libre de cargos...

Tiró de mí con tal fuerza que me derribó de bruces en la cama encima de ella Sentí sus manos ávidas recorriendo mi cuerpo, mientras su boca mordía la mía y sus labios se me adherían como

una ventosa.

Esta vez tuve que ser rudo para impedir que ella consumara lo que estaba buscando. Salté atrás muy a tiempo, cuando ella abría sus blancos muslos desnudos y había dado rienda suelta a la arrogancia lechosa y firme de sus senos.

—¡No, no, espera! —jadeé, despeinado, medio desvestido ya—. No puedo hacer esto ahora, Rachel... No sería justo... sin que antes leyeras esta carta.

Me miró, asombrada. Parecía tan decepcionada como furiosa. Sus azules pupilas llameaban. Casi sentí que me odiaba por lo que había hecho.

—Duncan... —susurró—. Nunca antes de ahora hiciste algo así conmigo... ¿Qué te ocurre? ¿Es que hay... otra mujer? ¿La hay?

—No, no digas esas cosas. Tienes que comprenderlo. Lee, te lo ruego. Es vital que leas esto... —y puse en sus manos la carta lacrada, poniéndome luego de pie y arreglándome con los dedos el cabello, nerviosamente.

—Está bien. Voy a leerla —musitó sin dejar de mirarme—. Pero es lo único que haré, antes de exigirte que cumplas tus obligaciones de esposo. Creo que sigo siendo una mujer deseable todavía...

La contemplé, aun a mi pesar, semidesnuda como estaba ante mí y afirmé con la cabeza, sintiendo que enrojecía.

—Eso, por supuesto. Pero si no lees esa carta, nunca entenderás.

No dijo nada. Desgarró el sobre, saltando los sellos de lacre. Extrajo las tres o cuatro hojas de papel repletas de menuda letra apretada. Arrugó el ceño y me dirigió una mirada recelosa.

—Es muy largo lo que has escrito aquí —dijo, irritada.

—Lee, por favor —insistí.

Se puso en pie, caminando hacia la luz, que elevó un poco en intensidad. Su ropa de noche resbaló por su cuerpo al estar erguida, y se quedó totalmente des nuda ante mí, mostrando con total impudicia su cuerpo de suaves curvas y mórbidas formas. Desvié la mirada, pero sólo para admirar su sombra recortándose nítida en la pared. Me sentía tremendamente incómodo ante aquella mujer. Mi situación era insostenible.

Leyó en silencio. Dos veces o tres la vi alzar los ojos y mirarme, atónita. Pero siguió la lectura sin contarme nada. Al fin, oí crujir los papeles en sus dedos, y la miré. Ella alargó una mano, tomó una bata y la echó encima de su desnudez.

—No puedo creer ni una sola palabra —dijo fríamente.

—Pero se cubre usted —dije sonriendo—. Eso prueba que duda, cuando menos.

—Tú eres Duncan. Tu rostro, tu cuerpo, tu voz... ¡Eres tú mismo!

—No, señora Evans —negué—. No soy yo. El le dice la verdad. No

tiene más que hacerme escribir. Aunque le parezca su mano, escribiré de modo muy distinto a él.

—Bien, hazlo —me exigió, señalándome un pequeño secreter en una esquina del cuarto.

Me senté ante él y escribí con rapidez en una hoja. Le tendí el escrito. Ella comparó la letra con la misiva. Me examinó críticamente.

—Puede ser un ardid —objetó—. Sigo pensando que eres Duncan. Esta historia no tiene sentido. Es absurda. Nadie puede trasplantar un cerebro a otro cuerpo.

—Hasta hoy, nadie lo hizo. Siempre existe una primera vez.

—¿Quién eres, entonces?

—Derek Barnes, un químico. Ahora Duncan Evans lleva mi cuerpo, mi cara. Está libre de persecuciones de la policía.

—¿Por qué no vino él, en ese caso?

—No se atrevía a mostrarse ante usted tal como ahora es. Sabía que no sería bien recibido, que usted le arrojaría violentamente de casa... A mi, era diferente. Mi aspecto físico la haría portarse de otro modo.

—Oh, esto es ridículo —protestó, estrujando las hojas de papel y arrojándolas, hechas una pelota, sobre la cama revuelta—. Cuentas la historia con tal convicción que casi podrías convencerme si no fuera un relato tan disparatado y absurdo. ¿Qué te traes entre manos, Duncan? ¿Esperas que ellos, la policía, crean en tu historia y busquen a ese otro individuo? ¿Es tu estratagema para salvar el cuello? Pues dudo mucho que te dé resultado, cariño. Si yo no te creo, nadie te va a creer. ¿Por qué no haces el amor conmigo ahora? Seguro que ahí si descubriré alguna diferencia...

—Señora, sabe que no puedo hacerlo —gemí—. No soy su esposo, aunque lo parezca.

—¡Basta! —se acercó a mí y se desprendió de su amplia bata de seda con movimientos premeditadamente lentos y sinuosos—. Ven. Deseo ser tuya otra vez.

—No, señora Evans. Sería un ultraje a su esposo. No puedo aprovechar una oportunidad así para engañarle a él... y también a usted.

—Imagina que no me engañas —sonrió provocadora—. Imagina que te creo, que sé que eres Derek Barnes y no Duncan Evans. Es igual. Tienes su físico. Y a mí lo que me gustó siempre de mi marido era su físico. Alto, guapo, arrogante... Todas las chicas le desearon siempre por lo mismo. Pero como amante es frío, poco satisfactorio. A mi, personalmente, nunca me satisfizo. Tienes la ocasión de probarme, sin lugar a dudas que eres quien dices ser. Una mujer siempre advierte diferencias en eso, querido.

—No puedo complacerla —objeté—. No haga las cosas más

difíciles. Me crea o no, no me ponga en ese compromiso...

—Elige entonces, querido —sonrió fríamente, humedeciendo sus labios con la punta de su rosada lengua, significativamente, y dejándose tender desnuda en el lecho—. Elige entre mi cuerpo... y un grito mío que pondrá en conmoción a toda la casa. El servicio acudirá, avisarán a la policía... Y en esta zona, no tardarás ni diez minutos en ser apresado por los agentes.

—¿Sería capaz de hacer eso... aun dudando si yo soy o no soy su esposo?

—Lo haré, si me obligas a ello —sonrió aún con más malicia, retorciendo su cuerpo sinuosamente sobre las sábanas—. Elige, cariño. Tienes tres segundos para ello. Uno... dos...

La miré, indeciso, estupefacto, escandalizado. Era un reto. Y un riesgo terrible. Además, era una traición al hombre que me confió esa misión. Ella iba a contar ya. Y contó:

—Tres.

Abrió la boca para gritar, mientras sus ojos se tornaban fríos y duros. No vacilé. Sabía que en esto me jugaba ahora la vida. Salté sobre la cama como un tigre, y tapé su boca con la mía. La sentí reír bajo mi presión. Sus manos me buscaron.

No pude evitarlo. Era un miserable engaño, pero tal vez ella sabía en el fondo que estaba engañando a su marido con otro hombre que, singularmente, tenía todo lo que le gustaba de su marido, es decir, aquel físico atractivo de Duncan Evans.

Pero al final, ella me habló con voz ronca, quebrada por la fatiga de varias horas de ardoroso combate en el lecho:

—Ahora lo sé, querido —musitó—. Tú no eres Duncan Evans. Y me alegro de ello...

Tras decir eso, volvió a rodearme con sus brazos. Y siguió comprobando lo que ya acababa de demostrarle, a juzgar por su propio comentario.

CAPITULO VI

No fue un agradable despertar el mío.

Pero sólo podía culparme a mi mismo por haberme dormido en aquellas circunstancias. Y por haber confiado en una mujer excesivamente.

Lo cierto es que me había quedado sumido en un profundo sopor, tras una larga noche amorosa, en la que la volcánica fuerza de aquella mujer puso a dura prueba mis facultades amatorias. Yo triunfé, evidentemente, pero fue el mío un triunfo bastante amargo.

Porque al despertar bruscamente, quizás impulsado por un presentimiento oscuro, encontré en aquel mismo lecho en que indignamente cumpliera la misión encomendada por Duncan Evans... pero sin la hermosa mujer a mi lado. En su lugar, rodeando el lecho, se hallaban varios hombres mirándome ceñudos.

Les contemplé, pegando un respingo y cubriéndome lo mejor posible con las sábanas. Todos ellos eran individuos de frondosos bigotes lacios, sombreros hongos y gabanes oscuros, excepto el que estaba más cerca de mi, cuyo bigote era de atusadas guías, su sombrero de copa alta, y su macferlán a cuadros grises. Varios de ellos empuñaban revólveres cuyos negros cañones apuntaban hacia mí. Allá, en la puerta de la alcoba, vislumbré los uniformes negros de dos *policemen.*

—Buenas noches, señor Evans —saludó fríamente el policía—. Creo que ya nos conocemos. ¿O debo decirle «buenos días»? En realidad, está despuntando el alba ahora. Confieso que usted fue muy audaz al venir aquí esta noche. Y yo, muy torpe al no imaginármelo.

Me pusieron unas esposas que sonaron agriamente al cerrarse en tomo a mis muñecas. Estaba aturdido, confuso. No conocía de nada a aquel hombre, pero no era difícil imaginar que se trataba de hombres de Scotland Yard. Cómo me habían encontrado allí, era cosa fácil de entender. Me bastó ver a Rachel Evans, envuelta en su suntuosa bata de seda, mirándome con ojos fríos y distantes, desde el fondo de la estancia, acomodada en un sofá.

—Lo siento, cariño —murmuró con displicencia—. No podía encubrirte o me hubiese convertido en cómplice de tus delitos. Sabes que siempre estuve a tu lado, Duncan. Y seguiré estándolo. Pero no al precio de perder mi propio cuello.

—Miserable mujerzuela... —mascullé con ira mal contenida—. Ahora lo entiendo todo. Aprovechaste mi sueño para avisar a la policía, ¿no es cierto? ¿Es ésa tu lealtad hacia los demás?

—No la censure, Evans —me objetó el hombre del macferlán a cuadros—. Su mujer ya le ha apoyado bastante desde un principio, no

puede culparla de intentar evitar ir a parar a una oscura mazmorra durante bastantes años. Usted es un reo de varios asesinatos, un condenado a muerte, no lo olvide.

—¡Ella no es mí esposa! —rugí—. ¡Ni siquiera soy Duncan Evans!

—¿Ah, no? —sonrió el hombre, glacial—. ¿Quién es entonces? ¿Su hermano gemelo?

—¡Soy Derek Barnes, químico de profesión! —clamé—. ¡Ella puede mostrarle el escrito de su auténtico marido, en el que se relata toda esta horrible historia!

—Como ve, inspector Hackett, mi esposo trata sin duda de fingir demencia o de inventarse alguna absurda historia —sonrió tristemente Rachel Evans—. Sin duda se refiere a esa misiva suya que me envió, antes de llegar, jurándome su eterno amor...

Y señaló cínicamente a la chimenea, donde ardían unas hojas de papel, haciéndose pavesas entre los leños crepitantes. El policía miró allá, con sus ojos pequeños, grises y duros, y asintió con la cabeza. Yo señalé con mis manos esposadas, mientras un agente me ponía el pantalón para hacer menos ridícula mi situación tal vez.

—¡Véalo, inspector! —grité—. ¡Ese mensaje de Duncan Evans demuestra lo que yo quiero confesarle! ¡Insisto en que soy Derek Barnes, y sólo mi rostro y mi cuerpo son de Duncan Evans! ¡El lleva ahora mi propio físico! ¡Un mesiánico cirujano llamado Bernard Ingram nos trasplantó mutuamente los cerebros en una operación diabólica! ¡Puede ver mis cicatrices en el cráneo, entre los cabellos! ¡Juro que es toda la verdad, por fantástica que resulte!

—Querido, tú mismo me dijiste que te habías hecho esas cicatrices de tu cabeza en un accidente, al huir de la penitenciaria —mintió fría, malignamente, la hermosa Rachel Evans mirándome con sarcasmo—. ¿Cómo puedes esperar que el inspector Hackett se trague una fantasía semejante?

—¡Maldita mujer, ramera asquerosa! —rugí sin muchos miramientos a su aparente porte de señorío y aristocracia, bajo cuya capa sabía yo muy bien ahora la clase de harpía que Duncan Evans tenía por esposa—. ¡Sabes que digo la verdad, lo has podido comprobar esta noche! ¡Ahora sé que has creído la historia de

Duncan Evans, pero no sé por qué razón utilizas todo esto contra él y contra mí! Sin duda es mucho más favorable para ti disfrutar de la fortuna personal de Evans y de la total libertad para acostarte con quien quieras, ¿no es cierto?

—Vamos, vamos, Evans, termine con su sarta de disparates —ordenó con aspereza el inspector Hackett, tomándome por un brazo —. Nos vamos de aquí ahora mismo. Perdone esta situación, señora Evans... y gracias por colaborar con la justicia. No debe culparse de nada. Cumplió con su deber ciudadano por encima de sus

sentimientos. No se le implicará en esto. Es evidente que en ningún momento trató de encubrir a su marido en casa, salvo mientras él la obligó a ello. A sus pies, señora.

Me arrastraron fuera de la estancia, mientras yo clamaba estérilmente contra aquella hermosa víbora, y ella sonreía, contemplando triunfalmente las pavesas de papel quemado entre los leños del hogar, última evidencia de la confesión del auténtico Duncan Evans.

Me introdujeron en un negro carruaje que, rodeado por varios agentes uniformados, esperaba en la neblinosa y gélida mañana Despuntaba un albor lívido, azul intenso, allá por encima de los edificios londinenses, y las calles aparecían con el empedrado mojado, todas ellas semidesiertas. El carruaje en que me acomodaron, con cuatro policías a mis dos flancos, era un coche celular, provisto de una ventana enrejada por todo hueco al exterior. Se puso a rodar, precedido por el que portaba al inspector Hackett, y tras de nosotros dos coches con el resto de agentes de Scotland Yard.

—Bien, amigo —me dijo uno de los policías, mirándome con curiosidad—. Al fin ha vuelto a caer en el cepo, ¿eh? Nos dio bastante trabajo, la verdad.

—Lástima que tenga que volver al patíbulo —se lamentó otro—. Nunca me gusta conducir a personas que han de ser ajusticiadas.

—Es lo lógico en este caso, Burke —objetó un tercer agente bostezando—. Este tipo liquidó a seis rameras en el East End. Y se ensañó con ellas, diablos. Las dejó secas a tijeretazos, después de partirles el corazón.

—¿Cómo supieron que era él? —indagó otro agente, mirándome—. Yo jurarla, ante su aspecto, que es todo un caballero, incapaz de nada criminal... ¿Le sorprendieron con las mano6 en la masa tal vez?

—Nada de eso. En su último crimen cometió un error. Después de cortar a su víctima por todas partes, escapó en un carruaje. Pero llevaba las tijeras goteando sangre, y un testigo casual lo advirtió, siguiéndole hasta tomar aquel coche. Tuvo la fortuna de ver pasar uno de alquiler libre, y siguió a prudencial distancia al individuo que goteaba sangre, mientras Whitechapel se conmovía con los gritos y silbatos de unos agentes compañeros nuestros que hallaban el cuerpo de la víctima As llegó el testigo hasta la casa de los Evans, y vio entrar al embozado en ella. El resto fue tarea sencilla, naturalmente. Sólo estaban allí Duncan Evans, su mujer y un primo de él, un tal Geofrey Evans. Las ropas de él eran las manchadas de sangre y las que aún llevaban unas tijeras en el bolsillo. Juró y perjuró que dormía como todos los demás habitantes de la casa. Pero no le sirvió de nada después de todas esas pruebas. Porque además

Geofrey Evans y la esposa se apoyaban sus propias coartadas, por desgracia para él. Ambos dormían en lugares distantes entre si de la casa, pero habían coincidido antes en la planta baja, al ir a buscar el primo de este hombre un libro a la biblioteca, y ella un vaso de leche a la cocina. Fue casual, pero providencial para Geofrey Evans, que hubiera podido ser sospechoso de no mediar ese incidente. Ella no pudo saber si su marido faltaba de casa en esos momentos, porque hacía un tiempo que ambos dormían por separado aunque estuviesen distanciados.

Yo escuchaba aquella charla entre mis celadores con la mente abstraída, ausente de todo. Pero de repente, algo de lo que ellos decían me sobresaltó. Recordé lo que me dijera Duncan Evans con tono tan persuasivo y sincero: «Yo soy inocente. No maté a esas mujeres.» Y después, el hecho de dormir separados Duncan y su mujer, las censuras de ella a la capacidad sexual de su marido, la delación, el quemar la confesión que ella si creía ahora... Y Geofrey. El primo Geofrey...

¿Por qué ese primo de Duncan no era sospechoso? Sencillamente, porque ella dijo que le había visto. Sólo ella. Rachel Evans era la gran coartada de Geofrey. Pero ¿y si mentía? ¿Y si era Geofrey quien salió de la casa esa noche, mientras Duncan dormía, acaso bajo el efecto de algún somnífero administrado por su mujer en una bebida cualquiera?

Aquella mujer era muy capaz de engañar a su marido con cualquiera, incluso con su propio primo. Y si éste era el asesino, aceptaría de buen grado la colaboración de su prima y se le pagaría generosamente en el lecho. Además, ahora podían repartirse limpiamente el dinero de Duncan Evans, cuando él fuera ajusticiado...

Todo ese cúmulo de sospechas, repentinamente desveladas ante mi mente, me hizo sentir más furioso, encerrado en aquel carruaje, camino de una suerte atroz, infinitamente peor que esperar la muerte por una dolencia incurable. No había duda de que nadie podía huir a su propio destino, aunque fuese en forma diferente. Evans morilla de un mal irreversible, y yo ahorcado. Nuestro trueque no había servido de nada.

Repentinamente, algo sucedió afuera. Relincharon los caballos que tiraban del coche celular. Sonó una explosión cercana, y el zarandeo fue tan violento, que todos rodamos por el suelo del vehículo, cuando ¿te dio unos tumbos para acabar volcándose aparatosamente. Los policías gritaron, alarmados, se oyeron fuera voces y silbatos. Después sonaron disparos de arma de fuego.

Yo no entendía nada de cuanto estaba sucediendo, pero al volcar el carruaje celular parte de él se había destrozado contra el empedrado, rompiéndose la puerta, que aparecía abierta ante mí, mientras los

agentes de uniforme se agitaban en confuso montón a mi lado.

Corrí al hueco sin perder tiempo. Era mi única oportunidad y no quería perderla por nada del mundo. Por si faltara poco, una voz sonó fuera, llamándome;

—¡Derek, escape! ¡Pronto, amigo, no puedo hacer más por usted!

Y sonó otro pistoletazo, junto al grito de un hombre herido. Yo alcancé el exterior, en la brumosa y fría mañana. Vi confusión a mi alrededor. Un hombre disparaba contra los policías, y le vi agitar una mano cuando asomé fuera del coche.

—¡Pronto, a la verja! —me gritó—. ¡Hay un carruaje allí, suba a él!

Me estremecí. Reconocí aquella voz. ¿Cómo no reconocerla si era mi propia voz? Sólo que ahora esas cuerdas vocales sonaban movidas por la mente de Duncan Evans, no por la mía. Corrí hacia una verja que veía allá al fondo, en la neblina lechosa de la mañana, mientras alguien me gritaba algo, y sonaba un disparo.

Sentí silbar una bala ocrea de mis cabellos. Alguien voceó desde otro punto:

—¡Alto, Evans! ¡Quieto ahí! ¡No trate de huir o le mataremos!

Pero yo no les hice caso. El verdadero Evans estaba intentando sacarme las castañas del fuego y yo no podía fallarle ahora. Esposado, corrí como un diablo, agazapado y en zigzag, evitando así que alguna bala me alcanzase, pese a que fueron varios los policías que dispararon contra mí en la confusión del momento.

Un pequeño calesín se hallaba aparcado junto a la verja, y salté a él como una centella, tomando entre mis manos esposadas las riendas. Azucé a los caballos, y me volví, gritando a mi salvador providencial:

—¡Evans, aquí, pronto! ¡Ya estoy en marcha!

Sonaron nuevos disparos, voces, relinchos de caballos y carreras. Una sombra furtiva saltó sobre el pestante, a mi lado. Ya corrían los dos caballos del calesín a toda velocidad, haciendo rebotar sus cascos en el empedrado y rodar las altas ruedas vertiginosamente. Vi un callejón cercano y me metí por él sin vacilar.

Junto a mí, Duncan Evans se agarraba con una mano al costado y con la otra, aunque algo rígida, esgrimía un humeante revólver. Observé que sangraba en abundancia del brazo derecho y del costado izquierdo.

Atrás quedaron los policías, que volvían apresurados a sus carruajes de escolta para iniciar la persecución. A la lívida claridad matinal, advertí que Evans estaba lívido, con el rostro contraído. Forcé a los caballos a correr más, y llegamos al final del callejón, doblando hacia otro más largo y sinuoso.

—Siga por aquí —jadeó él con voz ronca—. Hay un patio vecinal a la izquierda, tras pasar la esquina. Apenas si se ve, y menos con esta niebla. Penetre en él. Es la única forma de intentar evadimos.

Asentí, conduciendo lo más de prisa posible. Aunque estaba esposado, comprendí que él no podía ayudarme. Estaba bastante mal y perdía mucha sangre.

—Gracias por ayudarme, Evans —murmuré—. ¿Cómo supo que estaba preso?

—No las tenía todas conmigo. Le seguí y vigilé la casa. Vi salir a mi mujer y hablar con el policía de servido en la manzana. Entonces comprendí lo que iba a suceder, y dispuse las cosas para sacarle del lo en que le había metido. Obtuve un poco de dinamita en un almacén de explosivos que conozco, y armé un buen jaleo para sacarle del coche celular.

—Usted no me metió en ningún lío, Evans. Yo me hundí en él hasta el cuello —le miré fijamente—. Su mujer, lamento decírselo, no es como usted imagina...

—Lo sé —sonrió tristemente—. Acabo de comprobarlo.

—No es sólo eso. Ella no creyó inicialmente su confesión. Pero ahora sabe que es cierto. Y sin embargo, quemó esos papeles y me entregó a la policía aun sabiendo que yo no soy usted.

—Me temía algo así. No quería creerlo, pero era un loco cerrando los ojos a la realidad.

—Evans, yo... yo... debo confesarle algo indigno. Su mujer... me sedujo. Pero yo me dejé seducir, maldita sea.

—No tiene que explicármelo. Hace mucho que no hadamos el amor. Me despreciaba sexualmente. ¿Sabe la razón exacta? Ella no sólo me engañaba con hombres. Es lesbiana.

—¡Cielos, pues nadie lo diría! —gemí, dando vuelta al alcanzar el punto indicado por Evans, y metiendo el carruaje con rapidez en un angosto pasaje oscuro, sombrío, apenas visible en la bruma matinal.

—Es una mujer extraña, compleja. Advertí su inclinación viciosa y me negué a aceptarla. Ahora sé que me traicionó siempre, que nunca estuvo a mi lado como fingía.

—Seguro. Creo que su primo Geofrey es el asesino de Whitechapel, Evans.

—No —negó suavemente, con un movimiento de cabeza. al tiempo que se le contraía el rostro con repentino dolor—. Geofrey, no. No es el asesino.

—¿Quién, entonces?

—Es... *es ella.* Mi mujer. Rachel...

CAPITULO VII

Contemplé tristemente el cadáver.

Era como verme muerto a mí mismo. Mi rostro yerto, mi cuerpo inerte, ensangrentado. Creo que nadie en este mundo ha llegado jamás a la alucinante, aterradora visión que significa contemplar su propio cadáver, verse muerto mientras sigue vivo.

Porque aquel físico me era demasiado familiar, después de acompañarme durante veintiséis largos años, como para que ahora aceptara fácilmente que pertenecía a otra persona, que el muerto era otro y no yo.

Y sin embargo, así era. Derek Barnes seguía con vida, aunque el cadáver de Derek Barnes reposara allí, ante mis ojos, en aquel sórdido patio de vecindad, rodeado de sucias tapias desconchadas y de cubos de basura y desperdicios. El muerto era Duncan Evans, presunto asesino de prostitutas en el East End. Sólo que había muerto con un cuerpo y una faz prestados...

—Descansa en paz, buen amigo —murmuré—. Y gracias por todo, aunque fueses tú el responsable directo de mis desventuras actuales al pretender escapar a la policía con un físico diferente. No pudiste huir a tu destino, buen amigo. Ni yo tampoco, seguramente. ¿Quién va a creerme ahora una vez muerto tú? Es imposible. Totalmente imposible... Y más, siendo tu mujer el asesino, habiendo sido Rachel Evans quien empuñó las tijeras para asesinar a toda mujerzuela a quien previamente hacía el amor... Por eso ninguna era violada por el criminal. Siendo el asesino una mujer, ¿cómo podía existir ultraje visible en el cuerpo de la víctima? Y sin embargo, si eran abominables, atroces crímenes sexuales, que sin duda volverán a llevarse a cabo, para que yo, el falso Duncan Evans que oficialmente seguirá con vida, sea acusado también de ellos ...

Me incliné. Cerré los ojos de aquel infortunado que acababa de morir, apenas escondidos con el calesín en el patio solitario y maloliente. Las heridas sufridas en su tiroteo con la policía habían sido demasiado graves para sobrevivir a ellas muchos minutos. Y había muerto por salvarme a mí la vida, no podía olvidarlo.

—Sólo quisiera prometerte una cosa, buen amigo —murmuré entre dientes—. Hacer por ti lo único realmente posible ya en este mundo: rehabilitar tu memoria, probar al mundo que Duncan Evans no fue un asesino... Pero me pregunto cómo hacer tal cosa, cómo llegar a demostrar alguna vez todo eso, ahora que ni siquiera existes tú para corroborarlo...

Moví la cabeza con desaliento, examiné mis manos esposadas y tomé el revólver de Evans, así como una caja de munición que llevaba consigo, guardando ambas cosas en mis bolsillos, por si me

eran necesarias en el futuro.
Luego me senté a esperar, entre los cubos de basura, a que no hubiese policía en los alrededores. Ello no sucedió hasta casi el mediodía, en que asomé a las callejuelas, comprobando que no se veía otra cosas que vecinos yendo y viniendo, ajenos a todo lo que no fuesen sus propios asuntos. Caminé rápido, alejándome del lugar, y dejando allí, en tan sórdido lugar, el cadáver de un hombre a quien apenas había conocido, y que sin embargo llevaba mi propia envoltura humana, mientras yo sobrevivía dentro de la suya.

* * *

Aquella noche estaba de regreso en Spitalfields, en mi pensión de marineros y gente del hampa, bajo mi identidad de extranjero llegado de Estados Unidos algún tiempo atrás, sin que por el momento pareciese nadie sospechar nada. Y si alguno sospechaba allí algo irregular en mi persona se guardaba muy bien de manifestarlo, para que nadie se metiera en sus propios problemas.
Ese día apenas probé bocado. Mi angustia y preocupación eran muy grandes. Había logrado saltar las esposas a tiros, corriendo el riesgo de volarme yo mismo las manos o lo que el rebote de un proyectil pudiera hacerme trizas la cabeza. Tuve suerte, sin embargo, y un par de balazos a quemarropa sobre el cierre del juego de pulseras de hierro dejó mis manos libres al fin, en un apartado paraje solitario, al este de la ciudad, junto al Támesis.
Tras una cena frugal, apenas consumida en su mitad, me tomé dos pintas de cerveza y salí a las calles, a deambular sin rumbo fijo, como sonámbulo, haciéndome constantemente preguntas y más preguntas a las que no encontraba posible respuesta.
No sé cómo, fui a parar precisamente a Whitechapel y no lejos de aquel *pub* donde me encontrara con Duncan Evans por primera vez. El Cuervo Rojo. No me atreví a entrar. Temía ser identificado. Los periódicos del día publicaban amplia información en sus primeras planas, sobre la nueva captura y evasión de Duncan Evans, y había numerosos agentes uniformados y de paisano paseando por las callejuelas del East End, en busca de su presa.
Me limité a pasear por la zona y, de repente, vi luces de otro *pub,* allá en un chaflán, no lejos de donde un organillero ciego entonaba una triste canción con su instrumento mecánico. Me aproximé, empujando la puerta vidriera y abriéndome paso entre la masa de marineros, prostitutas, pillos, pedigüeños y humo apestoso de tabaco y de vaho. Pagué una jarra de cerveza negra y me alejé a un rincón a

tomarla, mirando en torno mío, pensativo. Me decía que, tarde o temprano, Rachel Evans volvería a buscar a alguna ramera para desahogar sus bajos instintos sexuales y criminales en ella, y ese día quería estar yo cerca para cogerla con las manos en la masa, tijeras en mano y manchada con la sangre de la víctima

Salí de la cantina y eché una moneda al organillero ciego, que me dio plañideramente las gracias. Volví esa noche a mi alojamiento, convencido de que era inútil y peligroso seguir deambulando por Whitechapel.

Pero mi tentación iba en aumento. Tal vez ansiaba cada día con mayor fuerza el devolverle de alguna manera el favor a Duncan Evans, pudiendo limpiar su memoria de la mancha execrable de aquellos crímenes, aunque yo pereciera en el empeño. La verdad es que mi propia vida comenzaba a valer muy poco para mi a estas alturas. Y seguí frecuentando la zona donde se cometieron los almenes, noche tras noche. Tuve la suerte, en todas ellas, de no ser advertido por policía alguno. La niebla era siempre un buen aliado para mí y para otros como yo.

Hasta que una noche, una semana más tarde...

El grito desgarrador me sorprendió en las proximidades de la puerta del nuevo *pub* al que me había hecho asiduo, y que se llamaba El Gorrión y la Alondra. Unos momentos antes, el organillero ciego había recibido mi habitual limosna, y me disponía a volver a la pensión de Spitalfields, cuando sonó aquella voz femenina, aguda y terrible, desgarrando el silencio y la niebla con una nota de horror infinito.

Giré la cabeza, sobresaltado. Mis ojos se clavaron en la boca negra de un angosto callejón, uno de esos pasajes que tanto abundan en Whitechapel y que conducen a oscuros y fétidos patios interiores sin salida aparente.

Corrí en esa dirección, cuando el grito se repitió en forma de ronco estertor. Vi borrosamente, entre la oscuridad y la niebla, un destello acerado, al herir la luz de una farola distante la hoja bruñida de algún arma alzándose y bajando repetidas veces.

—¡Aquí, auxilio! —gritó con toda la fuerza de mis pulmones—. ¡Al asesino, en ese paraje!

En la distancia, sonó un silbato de policía, estridente. Pisadas sordas retumbaron en el empedrado. Yo alcancé la boca del oscuro callejón.

Vi a la mujer tendida de bruces en el suelo húmedo, negro como el charol. Regueros de roja sangre corrían abundantes por entre los cantos rodados. Más allá, una figura sombría, envuelta en un amplio gabán o capa negro, corría alejándose del escenario del crimen. Yo salté sobre el cadáver, gritando un nombre con voz rabiosa:

—¡Rachel! ¡Rachel, espera, maldita asesina!

Vi que se detenía en seco por un instante, como sacudida por un mazazo aquella negra sombra de flotante ropaje negro y sombrero hundido hasta las cejas. Giró la cabeza furtivamente, una sola vez, al tiempo que unas largas tijeras destellaban en su mano enguantada, goteando sangre.

Vi el rostro hermoso y cruel, los ojos azules, la melena rubia debajo, la expresión maligna, viciosa y perversa. Era cierto, Duncan tuvo razón. Su esposa era la autora de aquellas muertes atroces. Rachel Evans era la sádica asesina.

Me miró con odio profundo, con intensa ira. Luego, siguió su carrera. Pero yo no pensaba dejarla escapar. Corrí en pos de ella, con tal furia y tal denuedo que, pese a su felina agilidad, la alcancé al final del patio, donde una angosta salida la hubiera permitido huir fácilmente.

Se revolvió, con un jadeo ronco, lanzándome un tijeretazo brutal al rostro. Si no me aparto a tiempo me hubiese vaciado un ojo como mínimo. De ese modo sólo logró rasgar parte de mi mejilla derecha, causándome una hemorragia y un vivo dolor.

—¡Harpía, asquerosa ramera! —rugí, pegándole de lleno con mis puños.

Se le cayó la tijera sangrante de entre los dedos, chilló dolorida, y su nariz desparramó sangre por el rostro y las negras ropas de hombre que luda, mientras los azules ojos dilatados me miraban con dolor y rabia.

—Te he cogido, alimaña —mascullé—. Vas a rendir cuentas de tus infamias ahora mismo...

—¡Suélteme Derek! —silabeó—. ¿A ti qué te importa todo esto? Esas mujerzuelas sólo son animales que se venden por unas monedas. Me hacen gozar, y luego, las aborrezco, deseo exterminarlas a todas... Déjame ir. Te haré muy feliz, te daré dinero, compartiré mi vida contigo...

—No me fiaría de ti jamás. Pero me das asco y horror. Vamos, estás vencida, Rachel. Esta vez no vas a seguir burlando a la ley, odiosa criminal...

Creo que fui demasiado optimista al imaginar que todo había terminado y que podría entregar a la policía a aquel monstruo de perversión. En mi exasperada lucha contra la ley y contra Rachel Evans, había olvidado a mi peor enemigo.

Y ese enemigo hizo acto de presencia precisamente ahora, en ese momento.

—Será mejor que no se mueva ni intente nada, Barnes —silabeó una voz apacible a mi lado—. Es usted el que, por fin, está cogido y bien cogido...

Giré la cabeza, alarmado. En las vagas penumbras brumosas del

sucio patio, pude vislumbrar su horrible expresión maligna, aquel rostro odiado y temido, como una amable, fría y aristocrática máscara capaz de ocultar toda maldad del mundo.

—¡Doctor Ingram! —grité, aterrado.

Sonrió. Es lo último que vi. Ralph, su esbirro, debía estar al otro lado, porque sentí un violento golpe en mi nuca, un millar de chispas estallaron ante mí, las imágenes perversas de Ingram y de Rachel dieron giros y giros ante mí, y todo terminó repentinamente en una oscuridad total donde me sumergí por completo.

* * *

Había sido un espantoso final para Angharad. Alucinado, trémulo de pavor, contemplé una y otra vez a mi siniestra compartía de cautiverio, a la luz de aquella lámpara de la hornacina.

El cuerpo saludable y opulento de Angharad colgaba desnudo ante mi, prendido al techo por un garfio, como si fuese un ternero en el matadero. Desnuda por completo, su cuerpo de macizas curvas ya no podía despertar deseo alguno. Sólo horror y lástima

Había pagado muy cara la ayuda que me prestara para huir, era evidente. El doctor Ingram y sus siniestros esbirros no perdonaban. A la infeliz la habían ensartado por la garganta con ese garfio, desgarrándole totalmente el cuello, y dejándola luego colgada boca abajo con otro garfio hincado en su vientre. Debajo un charco de sangre coagulada denunciaba que llevaba ya al menos un día muerta. Su céreo cuerpo rígido revelaba numerosas señales de quemaduras, incisiones y cortes. Sin duda sufrió horribles torturas durante todos aquellos días, hasta ser asesinada brutalmente. Le faltaban incluso las uñas de las manos y pies. Me juré a mi mismo que, si salía de aquello con bien, el monstruoso cirujano me pagaría aquel crimen horrendo.

Pero no había trazas de poder salir con bien del trance. Había vuelto a su mansión solitaria de Colchester, a una de las mazmorras subterráneas inmediatas al laboratorio. Podía oírle trabajar en algo, allá en su vecino recinto, cuya luz se filtraba por la rendija de una puerta de hierro. Algún nuevo y espantoso experimento estaría a punto de alumbrar aquella mente demoníaca, pensé con horror. Y el sujeto del experimento tal vez fuese yo mismo de nuevo...

Por desgracia no tardé en comprobar que mis sospechas eran ciertas. Poco más tarde Ralph entraba en mi mazmorra y, con su mutismo habitual, tras mirarme con estúpida malignidad, sonrió y me desprendió las argollas que me sujetaban al muro. De todos modos,

poco podía hacer para enfrentarme a él. Gruesas y pesadas cadenas ligaban mis tobillos y muñecas de modo que me dejasen totalmente indefenso.

Me llevó a rastras casi hasta el laboratorio. Allí me esperaban varias sorpresas, y ninguna de ellas demasiado agradable.

La primera consistía en que, además de Ralph, otros dos individuos de gesto torpe, mirada ausente y cráneo rapado, con huellas de cicatrices, servían ahora al doctor, supliendo al difunto Kurt.

La segunda, que esta vez el doctor Ingram no estaba solo con sus esbirros. Le acompañaba Rachel Evans y un joven alto, elegante y cínico, que no dudé en identificar como Geofrey Evans, el primo de Duncan.

La tercera sorpresa era el gorila que aparecía encerrado en una jaula, al fondo del laboratorio, no lejos de donde el científico dispusiera dos mesas de operaciones casi unidas.

—Buenas noches, señor Barnes —me saludó con su meliflua sonrisa el cirujano—. Creo que conoce bien a la señora Evans. Le presento a su primo, el señor Geofrey Evans, recién llegado de Edimburgo...

—Imaginaba algo así —dije, despectivo—. Cómplices los dos, ¿no?

—Digamos que buenos amigos —rió el joven primo de Duncan—. Rachel me da dinero abundante y sus mejores caricias, a cambio de mi ayuda en sus planes. No me meto en su vida, ni ella en la mía... Es una unión productiva y eficaz.

—Y usted les encubre también, doctor —dije mirando a Ingram—. Todos los canallas se unen...

—Hubiera sido una lástima que la entregase esa noche a la policía, Barnes —rió el doctor Ingram—. La señora Evans es muy sensata, y hemos llegado a un feliz acuerdo. Ella me pagará bien si me deshago de usted y oculto sus pequeñas aficiones carniceras. Gano bastante con ello, y me tiene sin cuidado lo que haga la señora Evans, y que a ella también le tiene sin cuidado lo que haga yo. Cuando usted aparezca sin vida en cualquier callejón, heredará toda la fortuna de Duncan Evans. Y una buena pane de ella sería mía, sólo por colaborar con ella en este trabajo. Al mismo tiempo, satisfago un último experimento que puede ser sensacional.

—¿Qué planea ahora su odiosa mente? —pregunté, mirando aprensivo al gorila.

—Mi querido amigo, el cadáver de Duncan Evans aparecerá en cualquier calle dentro de unos días, pero sería una lástima que su brillante cerebro estuviese con él ese día. Creo preferible que en ese cuerpo sin vida esté encerrado el cerebro de un simio... y su privilegiada mente, Barnes amigo, esté a salvo *dentro de ese mono.*

—¡Noooo! —aullé, horrorizado, agitándome entre mis cadenas—. ¡No puede llevar su maldad a ese punto, doctor! ¡No puede hacer algo tan monstruoso!

—Vaya si lo haré —sonrió apaciblemente el cirujano—. Mis buenos amigos los Evans serán testigos del suceso. Mi nueva experiencia podría dotar de cerebro humano a ciertos animales... y viceversa. Si resulta bien, vivirá usted dentro de un cuerpo sumamente sano. Y el cadáver de Duncan Evans nadie sabrá que llevaba bajo su cabeza el cerebro de un simio...

—¡No lo conseguirá! —grité estérilmente, forcejeando con Ralph y sus compinches—. ¡No va a ser capaz de esa nueva infamia, doctor!

—Ya verá como sí —me sonrió irónico—. Soy capaz de todo con el cerebro humano. Ahí tiene a Ralph, mi fiel Ralph. Y al pobre Kurt, muerto por su culpa... Y a los otros dos leales y nuevos siervos... Todos ellos son máquinas perfectas de obediencia. Y sólo porque operé sus cerebros y les quité la voluntad. Me obedecen en todo, absolutamente en todo. Son como marionetas, muñecos dóciles en mis manos... Y usted, al final de esta noche, será un simio inteligente y pensante, querido, Barnes... para que así su cadáver aparezca públicamente y los Evans cobren su herencia. Adiós para siempre a un cuerpo humano, amigo Barnes. Vas a ser el primer hombre que viva dentro de la envoltura física de un simio. Apasionante experiencia, ¿no cree? Debería sentirse orgulloso de ella...

Hizo un gesto. Ralph y los otros cadáveres vivientes, que servían ciegamente al hombre que les despojó de cerebro y voluntad, me condujeron hacia una de las mesas de operaciones, pese a mi feroz resistencia, ante la mirada risueña de los dos Evans.

El horror iba a llegar a sus límites más insospechados. Todo el espanto, toda la angustia de mi pesadilla anterior no tenía ni punto de comparación con aquella nueva y escalofriante experiencia que iba a convertirme en un monstruo mitad humano, mitad animal.

Cuando estaban sujetando mis brazos y piernas a aquella espantosa mesa donde iba a dejar mi envoltura humana para siempre, ocurrió el único y auténtico milagro de toda mi triste y penosa existencia de estos últimos tiempos.

Algo con lo que ya ni siquiera soñaba yo que pudiera llegar a realizarse.

CAPITULO VIII

En ese momento entró la policía en el laboratorio del doctor Ingram.

Fue como si de repente se desgarraran las tinieblas y un rayo de luz cegadora penetrase en aquel antro de horrores sin fin.

Primero fue el estampido que abatió la puerta metálica, en medio de una densa y acre nube de huma El doctor Ingram gritó unas órdenes a sus esbirros descerebrados, y Ralph y los otros dos caminaron como autómatas hacia la entrada. Rachel y su amante se abrazaron el uno al otro, con gesto atemorizado.

Luego asomó el inspector Hackett, con sus benditos bigotes erectos, que nunca me parecieron más sugestivos que en ese momento, pero también con su reglamentario revólver amartillado. Tras él, una auténtica nube de policías, de paisano o de uniforme, que al verse atacados por los descerebrados abrieron fuego sobre ellos, abatiéndoles con el cráneo reventado a balazos.

El doctor Ingram trató de huir por la puertecilla posterior, pero un disparo del arma del inspector Hackett, alcanzándole un muslo, le hizo desistir de tal empeño y le derribó de rodillas contra el muro, donde jadeó, con la pierna chorreando sangre.

Los policías rodearon a los Evans prestamente, y el inspector Hackett, mientras eran esposados el cirujano y la pareja de primos amancebados, se acercó a mi, dirigiéndome una mirada pensativa con sus pequeños y duros ojillos, brillantes ahora con una mezcla de asombro, horror y hasta ironía.

—Bien, señor Evans, acaba de salvar su vida gracias a la policía a la que tanto temía. ¿O prefiere que le llame realmente... *Derek Barnes*?

Le miré, esperanzado, ilusionado, casi incrédulo.

—¿Usted... cree realmente que yo...? —casi sollocé, lleno de una emoción incontenible.

Afirmó con la cabeza, gravemente, tras dirigir una mirada ceñuda al simio que, muy asustado por el tiroteo y la explosión que abatiera la puerta del laboratorio, se agitaba en su jaula, emitiendo gruñidos coléricos.

—No lo entiendo, Barnes, pero lo creo —confesó—. Es una historia de locos. Sin embargo, esto que encontramos aquí y lo que el doctor Ingram estaba diciendo, parece confirmar lo que escribió Duncan Evans en su confesión...

—¿Su confesión? —repetí, asombrado—. Pero si ella... su esposa... quemó esa confesión ante nuestros propios ojos, inspector...

—Lo sé ahora, Barnes. Pero Duncan Evans, sin duda, no confiaba en su esposa tanto como ella y nosotros creíamos. Escribió *dos* confesiones. Y una se la entregó a alguien para que la echara al

correo si él no regresaba en determinado plazo de tiempo. Ese sobre iba dirigido a mi nombre, a Scotland Yard, y contiene toda una minuciosa confesión que se inicia con su entrevista con el doctor Bernard Ingram para solicitar un trasplante de su cerebro al cuerpo de un hombre muerto recientemente, conocedor de sus experimentos a través de otro médico amigo suyo...

—Dios mío... —susurró—. Pobre Duncan. Nunca podré agradecerle cuanto hizo por mi, incluso después de muerto...

—Bueno, no todo lo hizo él, Barnes —sonrió jovialmente Hackett—. Recuerde que somos nosotros quienes le hemos sacado de este embrollo ahora. Y todo gracias a que puse un hombre tras sus pasos, un hombre que le vigilaba de cerca sin usted saberlo, y que anoche fue testigo, como usted mismo, del último asesinato de la señora Evans...

—¿Quién? —preguntó, estupefacto, mientras Rachel Evans rompía en sollozos que de nada iban a servirle para iniciar su largo y penoso camino hacia el patíbulo.

—Un supuesto ciego que tocaba el organillo en Whitechapel —rió el policía—. En realidad, un fiel colaborador mío, el sargento Smithers...

Epílogo
DONDE TERMINA MI CARTA A MABEL

Ahora, Mabel querida, ya lo sabes todo.

He sido crudo en mi relato, porque no deseo dejar nada en el tintero antes de morir. Ahora ya sabes mi historia, incluso mis devaneos con dos mujeres muy diferentes, a quienes quizá conduje sin desearlo hacia un mismo y trágico destino, inmerecido en una y totalmente justo en otra.

Te preguntarás por qué puedo desear la muerte, ahora que se a probado la inocencia de Duncan Evans, y que la policía sabe que yo no soy realmente Duncan Evans, aunque físicamente sí lo sea. Ellos no han acabado de entenderlo, y como no conviene que la opinión pública sepa que son posibles los trasplantes de cerebros y cosas así, esa parte horrenda de mi caso se ha silenciado para siempre. El que podía probarla, no existe, ya que el doctor Ingram se suicidó en la cárcel apenas ingresado en ella. Y nadie creería ahora una palabra de la historia da Rachel Evans y de su primo Geofrey, ya que la policía piensa negarlo todo rotundamente, y atribuirlo a pura fantasía de los acusados o a un intento por desviar las acusaciones. Sé que un forense comprobó en el cadáver de Duncan la existencia de un trasplante cerebral, pero eso queda totalmente en el silencio para siempre, por decisión de los altos estamentos.

Oficialmente, debo seguir siendo Duncan Evans, para que la historia real no llegue a ser sospechada por nadie. Es mi cruz, y no puedo soportarla. No deseo el dinero, la posición y la vida de Duncan, porque no son mías ni me pertenecen. Sólo desearía seguir siendo yo mismo, el oscuro Derek Barnes de siempre, pero ello no es posible, y esta crisis de identidad, este no saber quién soy y para qué vivo, me obliga a terminar de una vez con todo.

Pero antes he querido que supieras mi historia, Mabel querida. Y que supieras que sólo volviendo a ser Derek Barnes, y teniéndote a ti al lado, podría ser feliz de nuevo y gozar de esta vida que el infortunado Duncan Evans me proporcionó sin querer.

Como es imposible volver a ser el que fui, y como jamás podría recuperarte, ahora que eres la esposa de otro hombre, te envío esta larga carta, te pido perdón por todo, te ruego un recuerdo afectuoso y tierno para mí, y te digo adiós.

Adiós para siempre, amor mío.

Tuyo: *Derek.*»

* * *

Ella se echó a reír suavemente. Miró al mar que rompía su oleaje en la rocosa costa y luego besaba mansamente la franja de arena desierta. Encima de ellos, las gaviotas sobrevolaban el paraje invernal, gris y ventoso.

—Aun en invierno, querido, este lugar es encantador —comentó entre el chirriante concierto de los pájaros marinos.

—Sí, es maravilloso —dijo él, arrojando un puñado de arena mojada a lo lejos, para volverse y tomar de la mano a su pareja. La atrajo hacia si y la miró largamente al fondo de los verdes, profundos ojos—. Pero sin ti no sería nada, salvo tristeza, frío húmedo, gaviotas irritantes y mar plomizo. Eres tú quien lo hace todo maravilloso, querida. Por eso cuando vimos por vez primera este litoral me pareció tan hermoso. Más aún que el nuestro de Inglaterra, aunque en realidad no lo sea.

—Para mí también lo es. Es una tierra distinta y nueva. Es como nuestras vidas, amor mío.

—Sí —asintió él, lentamente, con vaga mirada perdida. Sonrió, apretó la mano de ella, fría por la brisa marina, y la atrajo hacia sí, besando sus cabellos, sus mejillas, sus labios—. Nuestras vidas, surgiendo de las cenizas de la muerte, del horror y de la angustia. Nunca olvidaré aquel día en que llegaste a mi...

—Y yo tampoco el día que terminé de leer esa carta —sonrió a su vez ella, señalando las hojas manuscritas, atadas con un cordel, sobre la arena—. Corrí como loca hacia tu casa. No estabas allí. Supe que Duncan Evans había sido hospitalizado en grave estado, afectado por un veneno activo. Pero Dios nos ayudó. Llegué al hospital temiendo lo peor. Y estabas vivo aún. Los médicos no sabrían si podrían salvarte...

—Pero te vi estando medio inconsciente. Y supe de tus labios que no te habías casado con nadie, que dejaste a tu enamorado, que seguías amándome, que me habías buscado por doquier, sin hallar rastro de Derek Barnes, hasta que alguien dijo que estaba muerto y enterrado...

—Y luego, cuando lloraba tu muerte, llegó tu carta —susurró Mabel dulcemente—. Y comprendí. Y te busqué.

—Tú salvaste mi vida. De no verte allí, de no saberlo todo, hubiera deseado morir. Y cuando no se desea vivir se muere fácilmente.

—Me costó habituarme a tu nuevo físico. Puede que seas más guapo, pero yo te amaba tal y como eras antes. Luego comprendí que eras tú mismo, que quien importaba eras tú, tu mente, tus sentimientos. Tu alma, incluso. Y todo eso estaba contigo, con tu cerebro. Volví a enamorarme de otro hombre, porque amaba al mismo.

—Y cuando salí del hospital, me diste la solución: existía un lugar

donde iniciar otra vida, dejando atrás el mundo de Duncan Evans, para ser solamente Derek Barnes otra vez.

—América.

—América, sí... —Derek la abrazó contra si, fuerte, amorosamente—. Y aquí estamos ahora. En un mundo nuevo y con nuestra vida nueva, juntos los dos... Mabel, te amo.

—Derek, te adoro —suspiró ella.

Se besaron otra vez. De repente, una violenta ráfaga de viento volcó el manuscrito en la arena, desprendió levemente la cuerda sin anudar... y las hojas volaron en todas direcciones, se fueron en su mayoría hacia las aguas, se quedaron flotando en el oleaje o se perdieron, a lo largo de la solitaria playa atlántica.

Derek hizo acción de correr tras ellas. Mabel le sujetó dulce, firmemente a la vez.

—Déjalas —musitó—. Deja que vuelen y se vayan en el viento, cariño. Ya no hacen falta. Cumplieron su objetivo. Es la historia de un horror que engendró un presente y un futuro felices. Mejor olvidarlo. Olvidar todo, dejar que el agua borre una larga carta escrita una noche de horrores y pesadillas. Una noche en que tu cerebro, pese a todo, despertó a un nuevo amanecer, querido mío...

—Si —asintió Derek—. Es mejor así...

Siguió besándola. El viento jugueteó con fuerza con sus ropas y cabellos. Y llevó todavía más adentro, hacia el mar color plomo, las hojas de una larga carta a Mabel. La historia de una noche infinita de terror y de muerte.

Una historia que ya no tenía objeto mantener viva.

F I N

MORBO

UN MAGAZINE DE TERROR PARA PASARSELO DE MIEDO

Para los aficionados al Comic a los relatos terroríficos y al Humor Negro

DE APARICION QUINCENAL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España